

CRISTIANISMO EN TEMPESTAD

FE, CORAJE Y ESPERANZA

CRISTIANISMO Y TEMPESTAD

FE, CORAJE Y ESPERANZA

© Jorge Costadoat S.J.

Impreso en Santiago de Chile

Noviembre de 2016

Impreso por Grafhika Impresores

Diseño de portada y diagramación interior

Andrés Aylwin Correa

CRISTIANISMO EN TEMPESTAD

FE, CORAJE Y ESPERANZA

JORGE COSTADOAT

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN | 13 |
| I. LA GRATUIDAD DE DIOS CUESTA CARA | 17 |
| ¿Murió Jesús, no murió...? | 19 |
| Cristo de nuevo | 21 |
| Jesús, hijo de galilea | 24 |
| Dios es gratis | 27 |
| ¿Un anti-papa? | 29 |
| II. INQUIETUD EN CHILE Y MÁS ALLÁ DE SUS FRONTERAS | 33 |
| Préstamos usureros | 35 |
| Ke arda todo | 37 |
| Evasión: no todos son sinvergüenzas | 40 |
| Paciencia | 42 |
| Bolivia, cuestión de afecto | 45 |
| Los papas se equivocan | 47 |
| Chile, Perú, La Haya: oportunidad de fraternidad | 49 |
| Apocalipsis en París | 52 |
| El humor de los cristianos | 55 |
| III. TURBULENCIAS EN LA EDUCACIÓN | 59 |
| Educación, revolución y cristianismo | 61 |
| <i>Match point</i> de la Iglesia chilena | 64 |

| | |
|---|-----|
| Formación de genios | 67 |
| Universidades de instinto cristiano | 70 |
| La teología universitaria | 73 |
| | |
| IV. LA VUELTA DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN | 77 |
| Pablo VI, los pobres y la Iglesia latinoamericana | 79 |
| San Romero de América | 83 |
| Don Pepe Aldunate, Premio nacional de Derechos Humanos | 85 |
| Actualidad y futuro de la teología de la liberación | 87 |
| | |
| V. AGITACIONES EN LA IGLESIA | 93 |
| Los casos Karadima | 95 |
| La presencia de la Iglesia católica en los medios | 98 |
| Disyuntiva en el cristianismo | 102 |
| La Iglesia en camino a la adultez | 105 |
| | |
| VI. FAMILIA(S) Y SEXUALIDADE(S) | 109 |
| ¿Pueden comulgar los pobres? | 111 |
| Un sínodo único en la historia de la Iglesia | 113 |
| Hacia un concepto teológico de la homosexualidad | 116 |
| Criterios para leer <i>Amoris laetitia</i> | 120 |
| ¿Qué pueden hacer los divorciados para comulgar en misa? | 124 |

| | |
|---|-----|
| VII. UN PAPA QUE HACE LÍO | 129 |
| ¿Hereje el Papa? | 131 |
| La primavera eclesial de <i>Evangelii gaudium</i> | 133 |
| <i>Laudato si'</i> , una encíclica estremecedora | 137 |
| Francisco y Cirilo: el ecumenismo sigue su curso | 140 |
| Osorno es más que Osorno | 144 |
| Más Iglesia y menos papa | 147 |
| | |
| CARTA A UN AMIGO Y HERMANO SACERDOTE | 151 |

A Raimundo, Pola, Agustina y Santiago,
A Jorge y Sebastián,
A Pedro,
A Daniel, Teresita, Felipe, Trinidad, Nicolás, Benjamín y Magdalena,
Mis sobrinos.

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ QUIERO CON ESTE LIBRO? Rápidamente pongo las cartas sobre la mesa. Me interesa convencer a los lectores acerca de la grandeza del cristianismo. Quiero comunicar al Cristo que ha inspirado cada una de las columnas de que consta esta publicación.

Cristo y el cristianismo no son lo mismo. En el cristianismo hay de todo. En su larga historia se cuentan muchas equivocaciones. Se han llamado cristianos personajes que mejor olvidar. Cristo mismo es el criterio que nos permite juzgar la historia de la Iglesia y decir aquí sí,

aquí no, ha actuado Dios. Pero el cristianismo, gracias a Cristo, ha dotado al mundo de humanidad. No sabemos qué sería de la historia humana si se extirpara de ella lo que los cristianos han hecho en su favor. Al menos habría que decir que han procurado hermanar a hombres y mujeres por su fe en el Dios que Jesús llamó Padre.

¿Qué quiero? Me gustaría que mis lectores continúen conmigo en esta historia bimilenaria viviendo de Cristo y transmitiéndolo como la Iglesia tendría que hacerlo, aunque no siempre le resulta.

Este libro ha sido escrito en tiempos de tempestad. Lo recorre de punta a cabo una gran inquietud. La época es zarandeada por cambios gigantescos, cada vez más acelerados. Vivir da vértigo. ¿Cómo educar hoy a un hijo? Tremendo desafío. La Iglesia, evidentemente, no logra seguir el paso a los acontecimientos y queda rezagada. Enseña pero no enseña. Es patente que la jerarquía eclesiástica, los obispos y los sacerdotes parecemos cada vez más atrasados.

Con este libro quisiera remover, sacudir con Cristo a unos cristianos que pierden demasiado tiempo quejándose contra la jerarquía eclesiástica. ¡Tragan agua salada! En la tempestad en la que estamos los laicos se han acostumbrado a tomar palco y a disparar contra el clero y los obispos, como quien usa el telecomando. Me duele esta amargura crónica. Hay cristianos que en cualquier momento podrían renunciar a su Iglesia para hacerse socios de Apple, levantarse a las 3 a.m. y ponerse a la cola para comprar de la última versión del Ipad. ¡Todo porque no les gustó la prédica del párroco!

He escrito este libro como si a alguien fuera a interesarle, en esta época de desconcierto cultural creciente, una tradición extraordinaria de humanidad que le sirva

precisamente para interpretar lo que nos está pasando y trabajar por la paz. La inquietud es grande. No es mi intención agitar las aguas. Si Cristo calmó la tempestad, ¿qué otra cosa puedo tratar de hacer yo que alentar la fe de los tripulantes de la nave?

La tempestad es la mesa. Estas columnas son mis cartas.

I

LA GRATUIDAD DE DIOS CUESTA CARA

¿MURIÓ JESÚS, NO MURIÓ...?

JESÚS DESENMASCARÓ el engaño de su tiempo: la falsía religiosa. Esta no soportó su insolencia. Lo mató. ¿Murió?

Se dice que Jesús logró huir al Tíbet, que murió de viejo, que se lo comió el Yeti... ¿Sí? No, ¡leseras!

En el Israel de esa época dos grandes instituciones regían la vida de las personas. La Ley y el Templo. Ambas vías hacían accesible a Dios. Ambas eran exigentes al pedir amor a Dios y al prójimo. Pero el cumplimiento de la Ley pedido por los fariseos se había vuelto agobiante. Nadie habría sido capaz de observar los innumerables

preceptos generados por ellos para cumplirla. Cumpliéndola, eso sí, se obtenía ubicación y prestigio social.

El Templo, a su vez, estaba en manos de los sacerdotes pertenecientes a la clase de los saduceos, la aristocracia de Jerusalén. De estos dependía la realización de los sacrificios gratos a Dios. Pero habían convertido a Dios en su “producto”. El mercadeo se hacía en los atrios del Templo. Los sacerdotes, a través de sub-contratados, vendían a los peregrinos los animales para los sacrificios. Estos debían ser puros. Pero solo ellos vendían animales puros. Monopolio. Había además intermediarios que cambiaban monedas romanas por judías. Pero, ya que en el lugar sacro no se podía pagar con dinero pagano, ellos autorizaban a los cambistas a hacer las conversiones y, por supuesto, cobraban una comisión. Este negocio, se entiende, también les pertenecía. Cartel. Esto y aquello sin contar los impuestos que cobraban los mismos sacerdotes. Un sistema mafioso. Si lo propio de la mafia es generar una mentalidad que naturaliza prácticas indebidas, el Templo operaba bien porque normalizaba todo un mundo de autores, cómplices, encubridores, y de víctimas inocentes, obligadas también estas a hacer funcionar el mercado religioso. María y José no pudieron no ofrecer en el Templo dos pichones en agradecimiento a Dios por el nacimiento de Jesús.

Hoy no sucede así. Sin embargo, pueden darse semejanzas. Porque la tentación de usar a Dios, de vender “dios” en libros o especies, es tan antigua como los ídolos y siempre tendrá futuro. La lógica mercantil del “pasando y pasando” puede infiltrarse en la fe de la gente: “me porto bien, Dios no me castiga; me va mal, es que algo hice”. Pero la lógica mercantil es exactamente contraria a la lógica del Señor del judeo-cristianismo.

El Amor es por definición gratis. El Dios de Jesús ama a los pobres que no tienen con qué comprar y perdona a los pecadores que no pueden jactarse ante nadie de sus buenas obras. Por esto el cristianismo debiera ser “gratis”. Por esto caben protestas como la de la canción de Sui Generis: “Dios es empleado en un mostrador: da para recibir”.

Jesús, dicen las Escrituras, sacó a latigazos a los comerciantes del Templo. Arruinaba así el gran negocio de los potentados de Jerusalén. No atacaba tan fuertemente a los vendedores de palomas como al sistema y la mentalidad mercantil que había traicionado la fe de Israel. Se sabe que esta fue la gota que rebalsó el vaso. Lo mataron. ¿Lo mataron?

Dicen también las Escrituras que su última expresión en la cruz fue un grito. Gritando, pensamos, se hizo diputado de los que claman agobiados por deudas monetarias o por deudas morales. A Dios nadie le debe nada. Tampoco Él debe nada a nadie. Por esto la Iglesia ha de acoger en primer lugar a quienes no tienen con qué intercambiar. Cuando lo hace, otra vez se entiende por qué mataron a Jesús.

¿Lo mataron? Sí. Pero vive. No en el Tíbet, sino entre quienes mueren unos por otros.

CRISTO DE NUEVO

Los cristianos creen que Cristo resucitó. Lo impresionante, sin embargo, es que creen que resucitó un crucificado. No un muerto cualquiera. Sino uno que, en nombre de

Dios, representó una causa lo suficientemente conflictiva como para haber sido condenado por el *establishment* a una muerte violenta. Su causa fue anunciar a los pobres el reino, perdonar a los pecadores, proclamar a un Dios que ama sin límites. Los cristianos recordaron al crucificado, además, para que no hubiera nunca más víctimas de violencias injustas.

Pero el cristianismo ha tenido problemas para transmitir este aprendizaje a lo largo de dos mil años. La devoción a Cristo, por ejemplo, ha conducido a conclusiones contrarias: a unos les ha ayudado a resignarse ante la injusticia y a otros a luchar contra ella. Por otra parte, tras el olvido de las razones que tuvieron los fariseos y saduceos para eliminarlo; después de haberse usado miles de veces por reyes y cruzados para derrotar a sus enemigos por las armas; y, habiéndose convertido en un objeto decorativo de gente adinerada, el símbolo del crucificado se ha desvanecido. Aún ayuda a cargar los dramas de la vida de tanta gente, pero no tiene vigor suficiente para hincar de rodillas a una sociedad social, económica, cultural y políticamente injusta.

¿Qué asoma en la destrucción del cristo de la iglesia de la Gratitude Nacional la semana pasada?

Asoma el vandalismo de personas desconocidas que destruyen un símbolo muy querido en Chile. Lo han hecho pedazos de un modo parecido a como se puede herir mortalmente a cualquier ser humano. Se atropella así los sentimientos humanitarios de cristianos y no cristianos. Se lo hace adrede, para intimidar y amenazar a los chilenos por parejo. Lo hacen vándalos que desprecian los sentimientos religiosos y humanos de sus conciudadanos. Pero lo hacen con la complicidad de dirigentes universitarios que no se arrugan cada vez que estos desalmados

destruyen la ciudad. Y lo hacen también, ¡atención!, en una sociedad en la que ha comenzado a ser posible reírse de la Virgen o pintarrajarla; y burlarse, denigrar e insultar públicamente a cualquiera.

Asoma, ciertamente, la incapacidad del gobierno de controlar la violencia y al lumpen que la practica a cada rato y de un modo creciente. El gobierno procura incluso educar a los ciudadanos en el respeto del prójimo. ¡Cuántas veces se pide a la gente que no se siente en el suelo en el Metro! No hacen caso a avisos tan razonables. Otras personas no pagan en el Transantiago. Manadas completas de sinvergüenzas se cuelan gratis. El Centro es un chiquero. Todas las casas rayadas con graffitis. Edificaciones preciosas... Y nada. El lunes vuelven los funcionarios municipales a limpiar y reponer los paraderos destruidos. Tampoco se la puede el gobierno con las tomas. No logra controlar la destrucción de establecimientos por parte de estudiantes que demandan educación buena y sin costo, becas, plata para las fotocopias y para financiar el centro de alumnos que, a su vez, arrasa con las instalaciones.

Asoma, talvez, la rabia contra un país próspero y terriblemente desigual. La destrucción de este cristo de Cumming con la Alameda equivale a dinamitar una de las impresionantes mansiones de la Cota Mil. Destruirlo, es pegarle a los millonarios de Chile donde más les duele: en el símbolo que contiene la violencia que ellos generan con la sociedad de consumo que, por una parte, aviva las ganas de comprar y, por otra, produce frustración y resentimiento.

Asoma, seguramente, la furia indeterminada contra el clero, los obispos y los creyentes en general.

No se puede descartar que los jóvenes, destruyendo al cristo de yeso, quieran recordarnos al Cristo del monte

Calvario. Lo dudo. Si así fuera, tendrán que reconocer que hacer añicos la imagen de un torturado equivale a torturarlo de nuevo.

Chile tiene símbolos para ejercer la violencia: sus héroes, sus batallas, sus monolitos... Lamentablemente los tiene. En la era futura de la paz que tantos seres humanos esperamos, estos símbolos desaparecerán. Por el contrario, en este país el recuerdo de Cristo, para la inmensa mayoría de la población, alivia tanta pena, articula el perdón y conjura la violencia injusta. Este cristo roto de la Gratitude Nacional y los demás crucifijos que pueblan el país sacan de nuestra alma el deseo de un “nunca más”. Por eso es tan grave lo sucedido.

JESÚS, HIJO DE GALILEA

La Navidad nos saca del alma los mejores sentimientos. Tal vez el más grande ellos –sentimiento y actitud ante la vida–, es la esperanza. Puede ocurrir lo peor, pero volvemos a creer en el ser humano. Las derrotas del año, entre Pascua y Año nuevo, ocuparán el lugar que les corresponde. La vida no tiene derecho a humillarnos. Las humillaciones sufridas no debieran nublar el porvenir. La Navidad nos recuerda la inmortalidad de nuestra dignidad. La memoria de una mujer humilde, su familia modesta, reaviva en nosotros anhelos de amor y de paz, alienta nuestra esperanza.

María de Galilea, subrayo *Galilea*, explica la humildad de Jesús. No fue fácil para ella ser humilde. Tampoco lo fue para Jesús. Y, sin embargo, la calidad de la espe-

ranza cristiana depende de la sencillez de una familia de carpinteros. Los “mansos heredarán la tierra”, proclamará Jesús, después de haber discernido en su corazón cómo ser humilde, y después de haber desechado otras posibilidades. La Galilea de entonces fue una zona especialmente humillada. A todo Israel, los romanos le pusieron la bota encima. Pero la Galilea era especialmente pobre, la más oprimida de las provincias.

¿Qué pudo hervir en el corazón de los galileos de la época? ¿En el de María y José? La humillación es una experiencia histórica reiterativa. La sagrada familia fue una familia humillada como lo fueron los vecinos de Nazaret, de Cafarnaúm o de Caná. La humillación, cuando se da, se da. Es un hecho, un daño, una herida que deja cicatriz. Otro asunto es cómo se la procese. Las superaciones de aquella humillación han podido ser cinco:

- La rebelión contra los opresores. Los zelotas tomaron las armas contra los romanos. La violencia revolucionaria es una constante en la historia humana. La reacción contra la opresión si no es justa, es comprensible. Fue en Galilea donde fraguó la resistencia violenta contra Roma.
- Otra salida puede ser la simulación, la identificación con el agresor, la internalización de las ideas y costumbres del imperio de turno por temor a sus soldados o por abrirse un camino de sobrevivencia. Seguramente hubo judíos que cedieron al encanto de la *Pax romana*. Lo habían hecho ya con la cultura griega.
- Algo así hicieron los saduceos. Pero en su caso la sumisión no les fue miserable. Las familias aristocráticas y ricas de Jerusalén encontraron la manera de acomodarse a la dominación romana. Sacaron

ventaja social y económica a este arreglo. Estuvieron, por cierto, prontas a crucificar a un inocente, si diera señales de ser el mesías. No tolerarían una amenaza a la tranquilidad de Palestina. La acomodación, el arreglo con los poderosos en cualquier época ha parecido conveniente.

- Otra posibilidad seguramente ha sido tragarse la humillación. Los pueblos oprimidos han solido interiorizar la violencia y dejar que el odio los mate. El odio pudre y mata. Los oprimidos de entonces, y de todas las épocas, han podido somatizar el miedo y la amargura, doblarse y aceptar resignados el futuro como una fatalidad.
- La quinta salida de la humillación ha podido ser cristiana. Los cristianos en Navidad celebran la humildad. Creen que María, la galilea, inculcó en Jesús esta virtud. Así lo dan a entender claramente los textos bíblicos. María ha debido liberar a su hijo de la vergüenza de ser pobre. La madre debió recordarle una y otra vez que nació en un pesebre. José, su padre, debió enseñarle a manejar con orgullo las herramientas. El niño sacó de ambos la convicción de su dignidad: él supo que no vino al mundo a pedir permiso ni a pedir perdón. Debió aprender lo uno y lo otro, pero no como un encorvado incapaz de mirar a los principales a los ojos. Tampoco como un amargado. Este hombre encaró un día la muerte, no como un cordero llevado al matadero, sino como un joven bendecido por el cielo y las estrellas, un señor al servicio de los miserables y de la reivindicación del honor de su pueblo.

La humillación sigue su curso por siglos. Ejemplos: la mujer traicionada por el marido, y viceversa; los habi-

tantes de Alepo sitiados a fuego y estruendos; los sacerdotes en tiempos catastróficos para su credibilidad. Para ellos, y otros, el Cristo que viene al mundo esta Navidad, al igual que la galilea de Nazaret, debió procesar interiormente la humillación de sus compatriotas: adoró al Dios que levanta a los humildes y abominó a los “dioses” que pisotean al ser humano. Su madre le contagió su amor a los pobres, lo corrigió tal vez para que no mirara nunca a nadie hacia arriba ni hacia abajo. Ella hizo de su hijo un hermano; un hombre que, por haber compartido el miedo y el desprecio de los galileos, por haber cosechado en esta región de Palestina la humildad, supo comprender las penosas excursiones de la opresión y perdonarlas; como un samaritano, que sin pretensión alguna de superioridad, devuelve al prójimo la esperanza en la tasa exacta de su menosprecio, de su abandono, de su desesperanza o de su desesperación.

DIOS ES GRATIS

En esta época nuestra dominada por el Mercado no todo tiene precio. Los cristianos sabemos que hay una dimensión de la vida, la dimensión más profunda de la vida, que no se rige por el “yo te doy, tú me das”. Sabemos que la gratuidad existe. Lo hemos experimentado. Estamos convencidos de que esto es real. Tan real como que el perdón reconstruye parejas, familias y países; como que un enfermo revive cuando lo vienen a visitar.

Los cristianos sabemos que ninguno de nosotros se merece el mundo. Ni la naturaleza en todo su esplendor

ni la pareja ni los hijos. Agradecemos a Dios porque de él proviene lo que somos y tenemos. Lo nuestro es recibir y agradecer. Es dar, sin esperar recompensa. Es dar mil cuando alguien nos da cien; y recibir diez a cambio de mil, cuando al prójimo no es posible más.

La alegría más profunda del cristianismo tiene que ver con vivir la vida en el registro de la gratuidad. Los cristianos no desconocemos el valor del registro mercantil. En el ámbito correspondiente de las relaciones comerciales y laborales, por ejemplo, es absolutamente necesario que rija la justicia. Las cosas y muchos servicios tienen precios. Y está bien que los tengan. Tienen que darse y respetarse las equivalencias. Sin estas la vida en sociedad podría ser un caos. Pero hay otro orden de realidad que no puede ser descuidado porque es clave para nuestra felicidad. El orden del amor y de la misericordia. ¿Quién puede impedir que un empresario pague a sus trabajadores el doble de los precios de mercado? Puede ser que no le convenga. Esto, sin embargo, no lo obliga a nada. Lo distintivo del cristiano es pagar más, aunque se salga perdiendo. Jesús lo dio todo y salió perdiendo.

En Navidad celebramos que Dios es gratis. Nadie lo merece. Nadie podría estar en condiciones de obligar el regalo de sí mismo. Pues Dios no tiene precio. Es gratis. No simplemente que nadie tenga algo que dar a cambio suyo. Dios, en Jesús, es incomparablemente libre. En el pesebre Dios se nos da en suma pobreza. Por tanto, no hay ilusión posible. Este regalo solo se lo puede recibir. Se lo recibe, cuando lo reciben los pobres, quienes nunca tienen cómo forzar una prestación. Dios es gratis. Los ricos, en cuanto ricos, no podrían jamás comprarlo o compensarlo adecuadamente. No vendría al caso. Dios es

gratuito. Se le corresponda con mucho o con poco, solo se le corresponde gratuita y desinteresadamente.

Dios en el pesebre no se ofrece a precio alguno. Simplemente se ofrece. Se ofrece como quienes no tienen nada que ofrecer más que a sí mismos, y a modo de agradecimiento.

¿UN ANTI-PAPA?

Este Papa no parece Papa. ¿Qué es? Muchos son los confundidos. Desde temprano sus comportamientos fueron desconcertantes. Salían de protocolo.

Francisco es sencillo. Es cercano. Saluda de beso. Da la impresión de desconocer su investidura. ¿Quién es?

Es un sacerdote que vulnera la distancia entre lo sagrado y lo profano. ¿Pero no es este el quicio de la religión? Para unos sí. Para otros no. Los cristianos se miran de reojo. ¿Qué esto? Es un Papa con una manera muy peculiar de entender el sacerdocio. En vez de marcar distancia, superioridad, se avvicina, está siempre más cerca. ¿Y lo sagrado qué? ¿Terminará con los cálices de oro y el incienso ceremonial? Nadie se extraña si lo hace. Como si con gestos muy pensados quisiera indicar por dónde van las cosas. Y por dónde no.

¿Está apurado? ¿Qué le pasa?

Bergoglio es un gobernante, un monarca, pero se comporta como un profeta. Extraño. Normalmente los profetas andan en las periferias refunfuñando contra los dirigentes, los presidentes, cualquier tipo de autoridad. Es cosa de tomar la Biblia y ver sus comportamientos.

Los profetas eran temidos por los grandes. Elías prometió a Ajab que los perros se comerían a sus hijos. El rey, de puro miedo, hizo penitencia por su pecado. Herodes le tenía pavor a Juan Bautista. Los profetas podían ser incluso muy populares. También la gente común solía esquivarlos.

El profeta al tirano le dice tirano. Habla más de la cuenta. Se le pasa la mano. Exagera. Remueve las conciencias. Es odioso, insoportable. Suele terminar mal. No como el falso profeta. Así se lo llama en el Antiguo Testamento. Este dice “paz, paz”, cuando es necesario decir “guerra”. Adulador del príncipe. Amigo de cortesanos.

Pero Francisco es un profeta en el puesto de un papa. Todo al revés. ¿En qué terminará esta historia? Hay inquietud. ¡Qué hace un profeta de rey! Los obispos y otras autoridades siempre han debido aguantar a grandes y pequeños profetas que de tanto en tanto les están arrojando piedrecitas o peñascos. Ahora es el mismo Papa que les tira las orejas a ellos y a plena luz del día. Basta leer el Observatorio Romano. A cada rato Bergoglio lanza un dardo en contra de los curas o de los mismos obispos. Ahora último le ofreció un examen de conciencia en público a la Curia romana. ¿Cómo es posible gobernar así? La Curia puede perder la paciencia de un momento a otro. Los profetas se ríen de ella. Si el Papa no frena a los profetas, ¿quién lo hará? Si el Papa aleona a los profetas, ¿quién frena a la Papa?

En una homilía Francisco arremetió contra los sacerdotes que ponen precio a los sacramentos. Un bautizo, tanto. Un matrimonio, tanto. “¡No puede ser!”, bramó el Papa. Pero, ¿de qué van a vivir los curas?, dice la gente común. Al Papa le importa un bledo herir a inocentes y pecadores. A él le parece que esta situación contradice el

Evangelio, y basta. El Papa-profeta enrostra a los funcionarios eclesiásticos su avidez por el dinero. A la gente le duele que se le niegue un sacramento, una bendición, por motivo de dinero. El Profeta-Papa golpeó la mesa. Al que le gusta, le gusta. Él está en línea con la praxis profética de Jesús. Nadie alegue. Todo calza.

Sin embargo, Francisco ha metido los dedos en el ventilador. ¿Cuántas pueden ser las relaciones entre el dinero y la religión? ¿Quién financia qué cosa? ¿Cuánto vale una misa? ¿Y un cura cuánto vale? La misa es gratis, el cura es gratis. Esto es lo que Bergoglio quiere enfatizar. El cristianismo es la religión del amor gratuito de Dios por los que nunca han merecido nada: los pobres y los pecadores. Es a estos que el reino de los cielos pertenece. Los ricos, diría Jesús, van camino al infierno no por ser ricos sino por poner tarifas a la salvación para luego comprar ellos, solo ellos, además de la tierra, el paraíso.

Los profetas están en peligro. Siempre se los quiere eliminar. El dinero es un ídolo de muerte. Benedicto XVI tuvo que renunciar cuando no pudo hacer más, entre otras cosas, contra los líos de platas de obispos de su entorno. El actual Papa ha querido identificarse con Francisco de Asís para reformar la Iglesia por la vía de la pobreza. ¿Lo logrará?

Debe recordarse -porque el mismo Papa se ha referido al episodio- que Jesús echó a latigazos del Templo a quienes habían convertido la religión en un negocio. El comercio chico era con palomas. El grande, con impuestos que iban en beneficio de la clase sacerdotal. ¡La bendición de Dios no se vende! Lo que Francisco no dice, pero lo afirman los estudiosos del Nuevo Testamento, es que este hecho desafiante de Jesús fue la gota que rebalsó

el vaso. Se puede soportar casi todo. No que un profeta desenmascare el vínculo entre la religión y el dinero.

La Iglesia es gratis. No es normal que un profeta esté en el lugar de un monarca; no es corriente que un Papa diga que quiere una “Iglesia pobre y para los pobres”.

A algunos parecerá que todo andaría mejor si Francisco fuera más Papa que profeta. Más sacerdote al menos. No. Es profeta. Profeta contra un cristianismo cansado, falto de rabia y de imaginación.

II

INQUIETUD EN CHILE
Y MÁS ALLÁ DE SUS FRONTERAS

PRÉSTAMOS USUREROS

ME HICIERON SABER que la Sra. A.M.C., integrante de mi comunidad cristiana, estaba pasando hambre, tenía anemia y no daba ya más con una deuda adquirida con una caja de compensación por \$ 200,000 el año 2009. Pedí que me consiguieran el comprobante del último abono. Acudí a la caja. Solicité todos los antecedentes. Esa misma tarde escribí correos a varios amigos para que me ayudaran a cancelar lo que a A.M.C quedaba por pagar. Junté lo necesario. Al día siguiente fui nuevamente a la caja y cerré definitivamente el compromiso.

Consulto en Google por “anemia”: “Esta enfermedad consiste en la disminución de glóbulos rojos circulando por el organismo, lo cual puede afectar el rendimiento físico y cognitivo de una persona, debilitando al paciente, con una sensación de fatiga constante. Según los expertos, hay varios tipos de deficiencias nutricionales que podrían acarrear anemia. La primera, y la más conocida, es la que se da cuando no se consumen las cantidades necesarias de hierro. La segunda aparece cuando el organismo no recibe buenas proporciones de la vitamina B12 y la última, cuando el paciente no ha sido consumidor habitual de alimentos ricos en ácido fólico”. Es decir, sí, la anemia tiene que ver con el hambre en casos de personas desnutridas.

Efectivamente A.M.C. el año 2009 contrajo un “Crédito social en pesos”. Debía pagarlo en 84 cuotas. Había pagado a la fecha \$ 796,960. Le quedaba por pagar \$ 148,106. En total habría debido pagar \$ 945,066 el 2016. Se dirá que hay que considerar la inflación. ¿Pero cómo puede ser que una ley de la República permita a una caja de compensación que una anciana enferma y pobre se endeude de esta manera y termine pagando tres veces lo que se le prestó? ¡Tres veces! ¿No debiera en cambio el Estado de Chile proteger a los ciudadanos más vulnerables?

Años atrás siendo capellán de la Toma de Peñalolén se me acercó otra integrante de nuestra comunidad y me dijo: “Padre, di su nombre”. Le pregunté para qué. Me respondió: “Saqué una tarjeta”. Seguramente un vendedor avisado creyó hacer más vendible la tarjeta de consumo si M.C., analfabeta, pensaba que dando mi nombre la cosa era más seria. El vendedor ese nunca supo que días antes esta misma Sra. había querido suicidarse. Sus niños pequeños le gritaban: “queremos leche”.

¿Hay hambre en Chile? Sí. ¿Se combaten las injusticias en Chile? A veces.

El colmo de mi sorpresa es que la cobranza de deudas como la de A.M.C las realiza el Ministerio del Trabajo. Ella tiene la pensión que el Estado da a los ancianos. De los \$ 89,000 de su pensión, el Ministerio se encarga de descontar mensualmente unos doce mil pesos.

¿Hay alguna institución que fiscalice estas situaciones? Me dicen que le corresponde a la Superintendencia de Seguridad Social. ¿Quién lo está haciendo peor? ¿La Superintendencia? ¿El Ministerio? ¿La caja de compensación...?

KE ARDA TODO

En la muralla del supermercado de la esquina de mi casa que la turba destruyó y saqueó el jueves pasado, encontré un rayado: KE ARDA TODO. Me inquietó. Me dio rabia. ¡Qué culpa tiene el dueño del local! Pero esta frase me recordó también las palabras insolentes de Jesús contra el Templo de Jerusalén: NO QUEDARÁ PIEDRA SOBRE PIEDRA. Ira santa. En otro momento sacaría a latigazos a los mercaderes. El Templo era la gran institución religiosa y económica de entonces.

La rabia es una emoción humana positiva. La rabia es el rudimento de la venganza y de la justicia. Entre aquella y esta, nuestra civilización ha optado por la justicia. Pero esta sin la rabia, sin la indignación contra lo que no puede ser, no tendría de qué alimentarse. La rabia debe considerarse un dispositivo emocional básico

que puede fundamentar relaciones personales y sociales sanas, cuando es convertida en energía de reconstrucción y de reconciliación. La rabia reciclada como indignación podemos considerarla una virtud.

Indignación contra una sociedad que lo aplasta, sintió talvez el muchacho que rayó la muralla y también fue indignación la que sentí yo contra él y contra los demás que casi incendian el edificio que a 50 metros de allí aloja a familias y ancianos, y contra los otros que arrancaron de cuajo los semáforos de Cienfuegos con Alameda. No estoy exagerando. Se estuvo a punto de una tragedia mayor que todos los lamentables hechos de violencia juntos. Es una pena que las legítimas movilizaciones estudiantiles dejen abierto el espacio, sin embargo, a que el lumpen destruya la ciudad.

Este episodio es un botón de muestra de los sentimientos que predominan en Chile hoy. Rabia, molestia, desilusión, ánimo de venganza y ganas de KE ARDA TODO. Los motivos sobran. No hace mucho las farmacias se habían coludido para saquear a los enfermos. Ahora la clase política entera ha sorteado la ley para financiar las campañas. Las grandes fortunas practican el cohecho. El neo-liberalismo ha convertido a los ciudadanos en individuos y a estos en consumidores compulsivos y necesariamente frustrados. La clase eclesiástica, en fin, no logra sacar de Osorno a un obispo nombrado por un Papa informado entre gallos y medianoche. La gente está dolida y amargada.

En la misma muralla del supermercado había otro graffiti: A SAKEARLO TODO. ¿Saqueo por saqueo? No puedo estar de acuerdo. Comprendo que queramos KE ARDA TODO, porque hay razones para enfurecerse contra la sociedad en su conjunto. Pero el saqueo de un

supermercado o de la tienda de celulares de Entel, y otras “aprovechadas” del género son deshonestas y deben ser castigadas. Uno es el indignado, otro el pillo. En las actuales circunstancias tendrían que ser distinguidos unos y otros. El lumpen, los nuevos cuescos-cabreras ignaros de los costos sociales de su frivolidad y de su ostentación, el operador, el traficante de favores y el facturador de boletas truchas, no son lo mismo que la ciudadanía cansada de ser burlada y que no sabe a quién creerle. Nadie explica. Se escamotea la verdad. Entre los universitarios hay de todo: movilizaciones y quejas legítimas, protestas contra la violencia banal, pero también falta de lealtad a la palabra del día anterior y paros por si acaso. Pasamos por un momento de gran malestar.

¿Qué quiso decir Jesús con su afrenta al Templo de Jerusalén? Difícil saberlo. Una interpretación que tomara en cuenta la enseñanza de la Iglesia primitiva en su conjunto, excluiría la vía del: A SAKEARLO TODO. El Templo fue finalmente destruido por los romanos el año '70. La de Jesús debe entenderse más bien como una advertencia contra el *establishment* religioso: se convertía el Sanedrín al Dios de la misericordia o el desastre sería inevitable.

¿Qué haremos? Pienso que será muy importante tomar en serio la indignación de la ciudadanía. Esta es fuerza de cambio. Pero las emociones no bastan. “Hay que abrir”, diría un médico. Otra vez necesitamos verdad y justicia. Unos culpables tendrán que convertirse, otros recibir la pena que establece la ley. Con los saqueadores, los incendiarios y violentos habrá que ser inclementes.

Será por otra parte muy importante contar con los que son inocentes y tienen mayor capacidad para ayudar. Las generalizaciones retardan las soluciones. Por cierto,

todos “los vivos” generalizan para naturalizar su conducta. Hay gente honesta, independiente y preparada que será clave para organizar la salida. Y lo que siempre ayuda mucho es no impacientarse. No perder de vista el largo plazo, ¡pero apurarse!

El problema lo tenemos todos. Todos tendremos que cooperar, cambiar en lo que corresponda y ser indulgentes con los arrepentidos. Esto en nada debiera afectar la libre operación de la institucionalidad.

EVASIÓN: NO TODOS SON SINVERGÜENZAS

Dicen: el 30 % de las personas no pagan en el Transantiago. Digo: el 70 % sí paga. Siete de diez usuarios de la locomoción colectiva se miran al espejo cada mañana, se lavan la cara y piensan qué harán para educar a sus hijos el resto de años que le quedan de vida.

Mucha gente carga su tarjeta BIP y la usa. Los he visto. He visto jóvenes con pelos de varios colores y ancianas que jamás se teñirían las canas que, sin aspavientos ni lloriqueos, aguantan los medios de locomoción que el país se esfuerza por mejorar. Las incomodidades, los largos tiempos que les toman los desplazamientos de la casa al trabajo y del trabajo a la casa, se suman a otros problemas que les impone la vida, pero jamás dirían: “los políticos, la presidenta, los empresarios, todos roban, nadie me alegue si también yo aprovecho lo que el país me debe”. Los frescos son los menos. Muchos no necesitan que los estén vigilando para asumir soli-

dariamente los sacrificios que necesita un país para ser decente.

Chile ha mejorado. Recuerdo haber visto niños rotos, a pies pelados, colgados de los cables de los troles. Iban jugando, como si no les importara su miseria. A los gobiernos de derecha y de izquierda, a pesar de sus enormes carencias, sí les importó. Hoy estos niños no se ven más. Hoy hay niños en hogares del SENAME en condiciones de abandono y maltrato indecibles. Pero puedo apostar que a futuro las muertes de niños que estamos lamentando, no volverán a ocurrir. Los medios de comunicación y los políticos de oposición han puesto el grito en el cielo, y el gobierno se hará cargo de cumplir con su tarea. Sueño con que un día estos niños voten en las elecciones. Me gustaría que se sientan orgullosos de su ciudadanía y la ejerzan.

El país ha evolucionado. Es cierto que los chilenos estamos pasando por un período de intensa desolación. La ciudadanía está hasta la tusa de ser engañada por el comercio, la educación es mala, los universitarios se quejan con razón, las pensiones son paupérrimas, el centro de la capital está todo graffiteado... Mucha gente está decepcionada. No sabe en quién confiar. Pero debemos ser justos. Hay progresos. Hace setenta años era normal pegarle a la mujer, agarrar a peñascos a los homosexuales, engañar a los tribunales para poder divorciarse. Hace cincuenta años nadie había escuchado hablar de derechos humanos, pero en la actualidad muy pocos estarían de acuerdo con que hubiera cinco lugares de tortura funcionando al mismo tiempo en Santiago.

Estamos deprimidos, sí, inseguros. Pero nada nos impide progresar.

¿Llegaremos a ser un país culto? En el extranjero todavía piensan algunos que somos ladrones. Pero mu-

chos más admiran nuestra recuperación de la democracia. Creo que si la educación escolar y universitaria supera sus problemas, y los adultos dan buenos ejemplos a sus hijos, el país llegará a ser más culto de lo que es. La cultura es una batalla. Salgo los domingos a la Alameda y encuentro los paraderos destruidos, las murallas orinadas, botellas de cerveza quebradas en la mitad de la calle. Y, sin embargo, a la misma hora, hay funcionarios municipales haciendo aseo. He visto negritos y negritas barriendo. Limpiando. Ellos trabajan para hacer más hermosa la ciudad. Un día los haitianos, estoy seguro, nos contagiarán su orgullo de ser el primer país en haber vencido la esclavitud.

Hubo un tiempo en que Chile era infinitamente más pobre de lo que es. Comíamos pan con margarita, y basta. Por la ciudad circulaban micros de todos colores, que en realidad eran camiones disfrazados de buses. Y, esto no obstante, sus pasajeros pagaban por igual. Hoy los abuelos pueden contar a sus nietos que esos años, aunque colgados de las pisaderas, se las arreglaban para pagar su pasaje y el resto de los pasajeros se preocupaba de hacerles llegar el boleto y el vuelto.

Hemos perdido el 30 % de los ciudadanos. No sirve desesperar. Los recuperaremos.

PACIENCIA

No estamos bien. No hay para dónde mirar: los políticos, los empresarios, los sacerdotes... ¿Por cuánto tiempo seguiremos así? Ojalá que el malestar dure lo justo y

necesario. No más. El disgusto por Chile, la indignación contra las instituciones que debieran contener y encausar la convivencia crece y, a la vez, ella misma las perfora. Así, por un tiempo indefinido, no se puede seguir. Ojalá, digo, la duración de este mal tiempo acabe y emerja nuevamente en el poniente el arcoíris que presagia la recuperación que necesitamos. Ojalá que dure, empero, porque de vez en cuando es bueno “estar mal”. Como las parras que requieren de un chicotazo de hielo en invierno para dar buena uva después, conviene darnos un tiempo para “estar mal”. Necesitamos sufrir, morder el polvo, identificar la idiotez ajena o propia, hasta ir elucidando las razones de la crisis que vivimos. Pero siempre es posible que la tuerca se ruede, quedarnos lloriqueando en contra de los demás, amargados, sin descubrir realmente cuáles son los problemas; sin reconocer sobre todo que somos nosotros mismos el primero de los problemas, y hundirnos. Hay *crisis* (tiempos de oportunidades para quienes juzgan correctamente) que terminan en *lisis* (la descomposición de los cadáveres).

¿Qué hacer? Se me ocurren algunas cosas:

- Tratar de ver exactamente qué pasa. Exagerar con la vista y moderar con la boca. Es decir, hacer un trabajo de indagación de las causas. Sirve una lupa, un telescopio, una cámara de fotos o de video... Y, a la hora de poner nombre a las cosas y comunicarlas a los demás, ser precisos, cuidadosos, justos. Los problemas son para arreglarlos. Las palabras a tontas y a locas, sobre todo los insultos, no sirven absolutamente de nada.
- Hacer un *mea culpa*. Algo hay en aquella institución o persona que critico que yo también tengo. Nor-

malmente el fresco dice “todos son corruptos”. Lo que suele ocurrir es que él y otros más son corruptos, y muchos otros no los son. Tan importante es criticar como criticarse y, en períodos de desolación como este en que vivimos, identificar claramente a los inocentes y, en especial, a aquellas personas e instituciones sanas. Normalmente las hay. La toxicidad ambiental impide a veces verlas. Ellas son rocas de qué agarrarse.

- Tomar las cosas con paciencia. Esta es uno de los nombres de la fe y uno de los rasgos de la esperanza. Paciencia proviene de “padecer”. En lo que nos toca, sería algo así como sufrir juntos los que nos pasa como país. Sin desesperar. Sin perder la fe, pues ya saldremos del túnel. Todavía no vemos la salida. Habrá que aguantar. “El que afloja pierde”, diría el roto chileno. Las posibilidades de reaccionar con rabia son muchas. La ira al igual que todas las emociones son en principio dones del cielo. Sin ellas seríamos amebas. Con ellas la vida florece, siempre y cuando se las domestique.

Cuando Gary Medel era adolescente lo echaban partido por medio. Recuerdo una expulsión maravillosa. Después de morder a medio mundo, le pegó una patada a una silla y la reventó. Linda la escena, pero inconducente. Pero el pitbull maduró. Gary aprendió a dominarse, combatió contra él mismo, no desesperó de sus humores, se graduó en paciencia, y llegó a ser el gran futbolista que estaba llamado a ser.

BOLIVIA, CUESTIÓN DE AFECTO

¿Hay algo que pueda llamarse afecto entre los pueblos? Sí, por qué no. Es algo parecido al cariño entre los amigos. No al afecto entre los aliados expuesto fácilmente a la traición. Entre los pueblos sí puede darse un cierto amor. ¿No es algo así lo que sentimos por amigos de otras nacionalidades? El cariño entre personas de distintos países tiene un gusto incomparable.

¿Por qué Chile no ama a Bolivia? ¿Por qué Bolivia no ama a Chile?

Esto no es del todo verdadero. Hay bolivianos y chilenos que son grandes amigos, hay matrimonios mixtos, hay hijos e hijas que nacieron allá y que viven acá, y viceversa. ¿Podrían crecer estos afectos hasta convertirse en un tipo de amor de un país por otro? No tan rápido. Para conseguir este fin habría que poner los medios: remover los obstáculos y recurrir a la imaginación para encontrar la fórmula.

Lo primero será tener claro el fin último en una relación internacional entre vecinos: Chile y Bolivia han de vivir la fraternidad. ¿Es mucho pedir? Mucho tal vez para Chile, un país que se hizo con guerras y cuyo honor nacional estriba en sus ejércitos. Demasiado para un cristianismo chileno de baja ley que olvida que hay un solo dueño de la Tierra: el Creador. El cristiano a la chilena “cree” más bien en la propiedad privada.

¿Es Chile dueño de Chile? No es cosa de olvidar la historia y los tratados. Tampoco el arte de la política. Y sería además una torpeza prescindir de la diplomacia. Tomarse el derecho internacional a la ligera tiene el peor de los pronósticos. Sin acuerdos internacionales y estipu-

laciones precisas, no se conseguirá nunca nada serio y duradero. Pero no se pueden confundir los planos. Unos son los medios y otros son los fines. El derecho, la política y la diplomacia son medios; la concordia, el intercambio y la paz entre los pueblos son un fin.

Si Chile quiere tener como hermana a Bolivia, tiene que invocar sus mejores sentimientos y ponerse en el lugar de los bolivianos que, contra razones jurídicas nuestras probablemente inatacables, claman una salida al mar que consideran indispensable por motivos que nosotros los chilenos no logramos comprender o despreciamos.

¿Traicionaríamos así la sangre de nuestros soldados? ¿O será que no queremos renunciar a la provincia de Antofagasta de la que hemos vivido hace más de cien años? ¿A qué le tenemos miedo? ¿A ceder? No se trata de devolver Antofagasta. El asunto no es simple.

Chile y Bolivia deben primero buscar comprenderse a nivel emocional, y después todo lo demás; y, al mismo tiempo, deben remirar eso demás, en vista de ponerse en el lugar del otro. Comprendiéndose uno a otro, cada país podrá ver mejor la grandeza del fin e inventar los medios.

Los chilenos creemos tener la razón porque el derecho está de nuestra parte. Pero olvidamos que la razón es irreductible al derecho. La razón se nutre también de otras fuentes y, en este caso, debe aspirar a la máxima realización posible de la fraternidad entre Bolivia y Chile. Nuestro país no puede parapetarse en el derecho para defender a muerte sus intereses. Tampoco puede renunciar a estos y al mismo derecho como si nada. Si deja de lado el miedo a perder, si apuesta en cambio a la posibilidad de ganar una gran hermana, se le abrirá la imaginación para inventar una solución que en todo caso habrá de ser obra de dos y no de uno solo.

LOS PAPAS SE EQUIVOCAN

El concilio de Constantinopla III (año 681) condenó al Papa Honorio por negarle una voluntad humana a Cristo. Recortaba su humanidad. Un Cristo así concebido no habría sido un ser humano capaz de discernir su camino a Dios como debe hacerlo cualquier cristiano.

El papa Bonifacio VIII le aserruchó el piso al Papa Celestino. Lo obligó a renunciar.

El papa Julio II emprendió la guerra contra Francia. ¡Qué hace un papa lanza en ristre!

El papa Pío IX condenó a quienes postulaban la libertad de culto. El Estado, según él, solo debía admitir una única religión, la católica. El Vaticano II lo habría condenado a él. Este Concilio innovó en la doctrina. Admitió la libertad religiosa. Pero sería tal vez un anacronismo condenar a Pío IX *a posteriori*. Los tiempos cambian. El peor error es que la Iglesia no cambie con los tiempos.

Todos los papas han debido confesarse. Dudo que alguno no se haya considerado pecador.

Pablo VI se equivocó.

Juan Pablo II declaró líder de juventudes a Marcial Maciel. Mal. Lo engañaron. Hicieron que se equivocara.

Benedicto XVI puso remedio al error anterior. Redujo a Maciel. Pero se equivocó en la conferencia de Aparecida (año 2007): enalteció la llegada del cristianismo con la Conquista de América. A los diez días tuvo que dar explicaciones.

El Papa Francisco, según los chilenos, no debió hablar del mar en Bolivia. Se esperaba que no lo hiciera. Sus propios consejeros diplomáticos han debido decirle que mejor que no. Pero este Papa es muy libre. Se salta

los protocolos. No se deja presionar. Ha hablado del mar justo cuando se revisa un tema en La Haya. ¿No sabe que Chile ha querido establecer relaciones diplomáticas con Bolivia y es Bolivia que no ha querido? ¿Alguien le dijo que si insinuaba una solución justa en favor de nuestros vecinos cerraba las puertas a convertirse a futuro en un mediador entre los dos países, como lo fue Juan Pablo II en el diferendo con Argentina? Se perdió esta posibilidad. Un error. ¿Uno o varios errores?

Pero también cabe la posibilidad de que Francisco no se haya equivocado. Tal vez los chilenos no hemos prestado suficiente atención a la opinión que tienen los demás países sobre nosotros. Decimos que los tratados no se tocan: *¡pacta sunt servanda!* Este es el quicio del derecho internacional. Tocarlos podría llevar el planeta al caos. Sí, pero el derecho cambia. Otras fuentes nutren la idea actual de justicia.

El Papa ha dicho que no es injusto que Bolivia reclame. Hoy no se puede insistir tan fácilmente en que las guerras generen títulos de dominio justos. Puede ser que la apelación del Papa sea profética como otras muchas suyas. El profeta incomoda. Nunca tiene toda la razón. Es insoportable. Nadie lo acalla. Reclama justicia pero sin bajar a detalles. Si se le pide cuentas de cómo hacer las cosas seguramente no sabrá qué decir. El profeta acierta en lo fundamental y se equivoca en todo lo demás.

¿Y si los chilenos fuéramos los equivocados y el Papa tuviera la razón? Los profetas apelan a la imaginación. ¿Cómo no se nos ocurrirá algo para acabar con una guerra que, según parece, no terminó bajo todos los respectos y que nunca debió ser?

CHILE, PERÚ, LA HAYA:
OPORTUNIDAD DE FRATERNIDAD

El inminente fallo de la Haya obliga a poner las cosas en orden. Es una oportunidad para distinguir lo principal de lo secundario en las relaciones de Chile y Perú. En mi opinión, en estas relaciones la fraternidad entre los pueblos constituye un fin; y someterse a un juicio internacional y acatar su resultado, es un medio. Un medio, sin embargo, de máxima importancia. Sin él la fraternidad se arruina. Pero un medio, no un fin, lo que debiera ayudar a no perder la perspectiva.

¿Qué es fraternidad entre los pueblos? El concepto se aplica de un modo análogo. Hermanos son quienes comparten un padre y/o una madre. ¿Qué compartimos los países latinoamericanos? “Algo” que se asemeja a un origen y a una formación común y compleja. ¿Qué? Una historia pre-colombina; un lengua que fue sintetizada aquí y allá con acentos e influjos originales; una organización política colonial extensa en el tiempo; unos procesos de independización ayudados entre los vecinos; unos intercambios culturales y un amor entre pueblos vecinos; una fe religiosa que hasta hoy, para muchos, les hace reconocerse hijos de Dios y de la Virgen. En suma, bien puede hablarse de una profunda hermandad chileno-peruana.

La analogía también sirve si consideramos que las discordias y tragedias entre los hermanos son fenómenos tan antiguos como la humanidad. La historia bíblica ofrece varios casos. El peor de todos es el de Caín y Abel. Las guerras entre Chile y Perú han sido fratricidas. Odiosas, injustas, incomprensibles para tantos inocentes,

como lo son las peleas entre hermanos. Han dejado cicatrices, igual como ocurre en las familias. Y, como sucede también en estas, la violencia ejercida o padecida entre nuestros países no logra, empero, cancelar el vínculo y la vocación a vivir en justicia y paz.

Estas guerras no fueron causadas por los pueblos pobres de aquí y de allá. Por lo menos de este lado de la línea de la Concordia, ellas fueron emprendidas por la oligarquía nacional. Esta enroló al roto, al presidiario y al indígena en las tropas y le infundió entusiasmo por la patria; hasta que el conflicto acabó y ella se quedó con el botín tras licenciar a los soldados para que volvieran a su miseria.

¿Le interesa la patria a las pesqueras de hoy? ¿Les interesa más a las oligarquías chilenas que a las peruanas? ¿Anteponen las grandes empresas del pescado la fraternidad a los límites marítimos o todo lo contrario? También cabe recordar que la Independencia americana rompió con el monopolio comercial de España, que enriqueció a la Corona a costa de las colonias. Los criollos, por su parte, no fueron mejor que los españoles. En Chile la elite, sirviéndose del Estado, libró una guerra genocida contra el pueblo mapuche.

La fraternidad es el fin. Estos días conviene no olvidarlo. Es exactamente lo que debe ser recordado y avivado. ¿Por qué no alegrarse de lo que ocurrirá dentro de poco? Este es un momento privilegiado para considerar que la tierra es para la humanidad. La tierra nos pertenece a todos. Los mares, los llanos y las montañas deben ser devueltos a sus verdaderos dueños. Esto es lo que está realmente en juego. Al más alto nivel de las relaciones de Chile y Perú está por darse otra vez más lo que debiera predominar para siempre: el amor al vecino, el deseo que

le toque lo que le corresponda, que se cumpla el derecho aunque nos duela, y todo esto porque, si efectivamente se da, augura una convivencia feliz, amén del término de recelos y resentimientos históricos.

La claridad en el fin no excusa del recurso a los medios. El irenismo es una tentación que debe ser descartada. Los medios son la diplomacia, la información de los ciudadanos a través de los instrumentos de comunicación social y la observancia del derecho internacional. También las policías y los ejércitos han de poder controlar los eventuales arrebatos bélicos. Sería imposible ejercer la fraternidad sin todos estos medios. Debe ser subrayado que los chilenos tenemos una tradición juricista que, en estas circunstancias, bien vale apreciar. La postura chilena ha apostado a la argumentación jurídica y a poner la confianza en el tribunal. Esto y aquello ha inhibido a los últimos gobiernos de conseguir un fallo favorable mediante presiones directas o indirectas sobre los jueces. ¿No se debió hacer más *lobby*? ¿Faltó ganarse a la opinión pública internacional? Ha habido algunos reclamos de este tipo. La predominancia del derecho, someterse estrictamente a sus fallos, a mi parecer, constituye un medio, no un fin, pero un medio sin el cual la fraternidad con nuestros vecinos se precariza.

Temo que estos días muchos de nosotros, de tanto poner atención en un resultado de corto plazo, olvidemos la fraternidad. En los últimos años se han dado en la frontera esfuerzos de integración territorial mediante el encuentro y la cooperación. La iglesia de la zona lidera encuentros llamados de tri-frontera (que incorpora a Bolivia). La hermandad chileno-peruana es una realidad practicada por muchos de nosotros que somos amigos, tíos, sobrinos, esposos o esposas de peruanos, colegas en

la universidad, en la empresa constructora, socios en los negocios, padrinos o madrinas. ¿Cuántos niños chilenos han recibido de sus nanas peruanas más tiempo, atención, y a veces cariño, que de sus propios padres? Los peruanos son trabajadores. Han mejorado nuestro país. Hablan bien. ¿Por qué no comer con ellos, que cocinan de maravilla, y celebrar con vino chileno?

El fallo de la Haya debiera ayudar a ambos países a organizar la tenencia de un planeta que nos debiera hermanar. Los verdaderos enemigos de Chile y Perú son el egoísmo, el individualismo y la ambición capitalista. Los amigos, en cambio, la observancia del derecho en cuanto medio y, en cuanto fin, la fe en una humanidad que se conjuga bien cuando se comparte al máximo.

APOCALIPSIS EN PARÍS

Terminó en París la cumbre por el cambio climático. Los jefes de las naciones y los operadores del pacto están exultantes. 193 países han acordado que la temperatura del planeta no aumente más de dos grados centígrados a finales de siglo, pero que idealmente no supere los 1,5 grados. Incluso muchos ambientalistas celebran el acontecimiento. El director de Greenpeace Internacional, Kumi Naidoo, ha dicho: “La rueda de la acción gira lentamente pero en París, ha girado. El texto coloca claramente a las industrias fósiles del lado malo de la historia”. La cumbre de París habrá de ser recordada como un triunfo político. ¿Podrán ahora los países cumplir el compromiso? Esperamos que sí. Los aplausos, en todo caso, deben llevarse los principalmente los ambientalistas y las agrupaciones

verdes que por décadas han luchado por los derechos de la Tierra.

Los demás, los que no somos políticos ni ambientalistas, sin embargo, no podemos cruzarnos de brazos a esperar que las cosas mejoren. El peligro es máximo. Aclarado el objetivo, ahora hay que poner los medios. Todos son llamados. Lo que se requiere, en primer lugar, es un compromiso personal.

No es primera vez que la humanidad se encuentra en una situación apocalíptica. En otras ocasiones los seres humanos tuvieron la sensación de un *acabo mundi*. La peste bubónica en el siglo XIV mató a un tercio de la población europea. Recordemos el genocidio de los pueblos originarios de América y Asia.

Nuestra apocalipsis, en cambio, es global. Nos ocurre algo parecido a lo que sucedió con los saurios cuando un meteorito se estrelló contra la tierra. No quedó, según parece, ningún animal grande. Hoy nuevamente la vida puede desaparecer. Algunos de los daños son ya irreversibles: especies animales y vegetales desaparecidas para siempre. Pero si la temperatura media del planeta sube tres, cuatro, cinco grados no quedará vivo probablemente nada.

¿Quién tiene la culpa? No todos. Son muchos los inocentes. La mayor responsabilidad recae sobre la civilización que desarrolló una ciencia, una técnica y, sobre todo, una economía capitalista casi imposible de controlar. Los países no han podido contrarrestar una economía basada en la maximización de las ganancias y el egoísmo.

¿Se saca algo a estas alturas con reconocernos culpables? Por supuesto, por algo se empieza. Pero no cualquier culpa sirve. La culpa sana proviene de un reconocimiento del valor del prójimo y de la Tierra. La

situación actual es apocalíptica. La mala apocalíptica llena de miedo y de sentimientos culposos. La buena apocalíptica, la apocalíptica judía, es un grito de alerta, pero un grito de esperanza en la posibilidad de salvación del ser humano.

La nueva conciencia y los intentos por revertir la situación socio-ambiental, debieran provenir de un sentimiento de responsabilidad arraigado en una experiencia positiva del mundo. Esta experiencia, antes que los cambios acordados en París, tendría que promovérsela, facilitársela a grandes y chicos. Nuestra generación debiera convocar a todas las fuerzas espirituales que aman la Tierra a que nos enseñen, precisamente, a amar la Tierra. Necesitamos una mística de amor por el planeta y sus víctimas, una mística que anude ética y estética. ¿No es posible conjugar la cosmología aimara con el cristianismo? ¿El cristianismo con el Islam? ¿El Islam con el judaísmo? ¿El judaísmo con el budismo? ¿Etcétera? Cualquiera sean las combinaciones, nada ayudará más que volver a lo primero: ver con los ojos, oír con los oídos, gustar con la lengua, tocar con las manos y oler con la nariz. Necesitamos *sentir* para recobrar el *sentido*. Es imperioso compartir el mundo, nunca más adueñarse de él.

La buena apocalíptica es una apelación a interrumpir con decisión el curso de la historia. El futuro es cuestión de esperanza y de acción, pero seguirá siendo incierto. A los que amen la Tierra les quedará al menos el consuelo de haber sido amados por ella.

La palabra apocalipsis ha llegado a ser sinónimo de catástrofe. Su primer significado fue revelación. En la Ciudad de las Luces se ha revelado lo mejor del ser humano a contracara de su empresa depredadora. En París ha

lucido la política internacional como hace rato no ocurría. Esperamos que el Apocalipsis en París ilumine interior y personalmente a cada ser humano.

EL HUMOR DE LOS CRISTIANOS

La teología cristiana apuesta a que en la eternidad reinará el humor. Pero, mientras se esté en camino al reino de los cielos las cosas pueden ser muy complejas. En la tradición judeo-cristiana tenemos dos variantes paradigmáticas del humor. En la Biblia se cuenta que El Señor prometió a Abraham un hijo cuando él y su mujer andaban por los cien años. Sara se ríe del Señor, no le creyó. El Señor se ríe de Sara, le dio a Isaac, que significa: “Dios ríe”.

El otro caso es Jesús en la pasión. Los soldados romanos para reírse de él lo coronaron de espinas. “¿No se decía rey?”. Desde entonces los cristianos piensan que burlarse de los demás es un pecado. En lo sucesivo han debido poner mucha atención en distinguir las variadas declinaciones del humorismo para alegrarles la vida a los demás y evitar hacer sufrir a alguien.

El humor, una de las manifestaciones más positivas de la convivencia humana, mal ejercido, puede ser deletéreo. Caben también las malas interpretaciones. Hay tiempos, hay personas, hay culturas, hay una infinidad de factores que hacen difícil saber si una broma, por ejemplo, sirve para apoderarse de la tierra o para compartirla. Una misma frase puede resucitar a uno y matar a otro. La posibilidad de no atinar con la palabra justa se ha vuelto cada vez más común. En la actualidad se están conjugan-

do todos los mundos al mismo tiempo. Las posibilidades de no entendernos son máximas.

Reírse de uno mismo es sano. Reírse con los amigos es una enorme satisfacción. Reírse de los amigos es señal de gran libertad. Reírse de los menos conocidos requiere sumo cuidado. Es siempre un riesgo, y quien quiera hacerlo tendrá que asumir los costos. A veces las víctimas del poder o de un mundo que los aplasta no tienen otro modo de defensa que el humor. ¡Mal menor! La sociedad de los medios de comunicación y de las redes sociales ha dado espacio a expresiones humorísticas liberadoras de gente oprimida por el miedo a los tabúes religiosos, las moralinas y los falsos pastores. Pero...

Muchos cristianos, el Papa incluido, han solidarizado con los musulmanes que han podido sentirse humillados con las viñetas de Charlie Ebdó. Se trata de una actitud espontánea en quienes sufren cuando recuerdan a su mesías coronado de espinas. ¿Intolerancia religiosa en una sociedad secularizada y laica? Mejor sería hablar de sentido común o de inteligencia emocional. La emoción no basta, cierto. Pero si la convivencia social no radica en una veneración del prójimo y en un respecto de su vida, de su cultura y de su religión no hay futuro.

¿Digo con esto que se justifica el crimen de los profesionales del diario francés? Jamás. Este constituye un irrespeto a la vida infinitamente mayor que el de una viñeta, y queda en manos del Estado derecho castigarlo. Pero al Estado de derecho no se le puede pedir más. La paz depende en primer lugar de un cuidado personal.

De la vida eterna se puede hablar con muchas metáforas. Ofrezco una: los cristianos esperan el día en que todos los pueblos de la tierra se conviertan en hijos de Isaac. En la eternidad judíos, cristianos, musulmanes,

agnósticos y ateos, todo los seres humanos que tengan o no tengan un credo comerán juntos y se reirán unos de otros sin herirse, porque habrán aprendido a relacionarse como Sara hace con el Señor y como el Señor hace con Sara.

III

TURBULENCIAS EN LA EDUCACIÓN

EDUCACIÓN, REVOLUCIÓN Y CRISTIANISMO

EN CHILE HAY una revolución en curso: la sociedad individualista parece hacer crisis. Parece, porque lo que ocurre puede también llamarse individualismo exasperado. Supuesto que lo que no da para más es un tipo de sociedad que ha exaltado el valor del individuo, ¿vamos a una sociedad que valore ahora a las personas? Entendemos por individuos seres aislados y por personas a seres relacionados. El concepto de persona alude a un ser capaz de ser sí mismo, único y original, gracias a relaciones de respeto, de reconocimiento y de solidaridad con los

demás. Si conceptualmente el individuo es competidor, la persona en cambio es colaboradora. ¿Qué educación se necesita para dejar de formar individuos y comenzar a formar personas? Este es el asunto. Pero, hasta aquí, se ha discutido acerca de los dineros para invertir en la educación y no de la educación misma.

Venimos de una sociedad que perdió el sentido del bien común para constituirse en una especie de agregación de individuos. Con el “golpe” fracasó el *Chile social* (ese que, por ejemplo, fue capaz de aprobar por unanimidad la chilenización del cobre). Según dice Ricardo Lagos en sus memorias, el *Chile social* no estaba sustentado, económicamente hablando. Las expectativas de desarrollo social de las últimas décadas habían crecido mucho más de lo que creció la economía que debía sostenerlas. Augusto Pinochet, por su parte, introdujo el neoliberalismo. ¿Qué resultó? Un país de individuos que habrían de rascarse con sus propias uñas. No de personas, sino de individuos, seres que no tendrían nada que reclamar de los demás porque en tal sociedad todo habría de conseguirse mediante la competencia. “La competencia perfecciona”, se nos decía. Pero si en 1973 fracasó el *Chile social*, durante el gobierno de Sebastián Piñera comenzó a fracasar el *Chile individualista*.

Pongámonos en el caso que lo que rebrota hoy sea el *Chile social*. El *leit motiv* es una educación gratuita, inclusiva y de calidad. Se pide por todas partes ir en la dirección contraria a la que fijó el neoliberalismo. Si así realmente es, los jóvenes han de ser formados para compartir antes que para competir. Debemos reconocer que se necesitan ambas capacidades. Pero, en el paso al nuevo paradigma de sociedad, no se trata de ofrecer el mismo tipo de educación ahora sí para todos, sino de ofrecer

una educación diferente, más social; una que aliente el esfuerzo personal sin perjuicio de la colaboración con los demás. No sabemos si el país será capaz de sustentar económicamente un cambio tan grande. Tampoco sabemos si el gobierno tendrá la pericia para cumplir lo que promete. Las señales son preocupantes. Pero la apuesta es muy seria: una sociedad igualitaria e integradora requiere poner en funcionamiento ya ahora una educación que practique estos valores.

¿Qué ocurre con la Iglesia? El viento sopla a favor de su “opción por los pobres”. Sin embargo, en el área chica, las cosas son más complejas.

La Iglesia ante esta realidad tiene una dificultad de fondo y una aprensión razonable. Esta consiste en una cautela. La Iglesia chilena teme que quien pague por la educación, el Estado, termine controlando los contenidos de la enseñanza. ¿Aprensión infundada? No, cuestión de lucidez. Este gobierno no ha dado ninguna señal de ser totalitario. Pero si el Estado pone el financiamiento quedará despejada la posibilidad de menoscabar la libertad de educación a futuro.

Hay, sin embargo, una dificultad más de fondo. Los colegios de elite conspiran en buena medida en contra del *Chile social*. Ellos, de suyo, son colegios del *Chile individualista* y egoísta, verdaderas fábricas de desigualdad y de desintegración. La Iglesia cumple un servicio educativo enorme de niños de clases medias y pobres. Pero educa a casi toda la elite. Lo que en el siglo XIX y buena parte del XX fue un aporte muy notable, en el actual escenario histórico ya no lo es. Que haya una elite de cristianos con una profunda vocación social es indispensable –como también lo es que haya una elite atea o de otras orientaciones filosóficas o religiosas con

esta misma vocación—, pero se ha vuelto insostenible que la calidad de la educación pueda conseguirse a través de instituciones que seleccionan y, por tanto, excluyen. En las instituciones de exclusión muy difícilmente se forman elites integradoras.

La Iglesia que quiere un *Chile social* necesita, para poner al día su cristianismo, hacer propio el paradigma de educación que el gobierno impulsa. No se trata de dar buena educación a los pobres. Ahora el asunto es no excluirlos mediante una selección por motivos económicos, raciales, sociales o religiosos.

MATCH POINT DE LA IGLESIA CHILENA

Los actores de los últimos cuarenta años, personas o instituciones, deben mirar hacia el pasado si quieren participar con honestidad en el futuro del país. La Iglesia católica, habiendo sido protagonista de estas décadas, debe volver sobre los acontecimientos en que se vio involucrada estos años porque su misión le exige continuar contribuyendo a la construcción de Chile.

Aquí y en otras partes del mundo, la Iglesia experimenta una grave crisis en su capacidad para transmitir la fe. La cristiandad se acabó. La cultura predominante no es cristiana. En nuestro medio, la crisis del paradigma neoliberal en el plano educacional extrema las dificultades de traspasar a las siguientes generaciones la fe. Se ha vuelto muy difícil que la Iglesia incida en la cultura como lo hizo esa generación de obispos y personas, católicas y

no católicas que, con el Cardenal Silva Henríquez a la cabeza, instalaron en el disco duro de la chilenidad la parábola del Buen samaritano.

¿Qué está ocurriendo con la educación católica? Este es el punto decisivo. El *match point*. ¿Qué enseñará la Iglesia sobre la persona humana? ¿Qué tipo de educación católica transmitirá la creencia en la Encarnación de Dios en Jesús en una cultura que, en unos aspectos, involucciona en humanidad y, en otros aspectos, le lleva a la Iglesia la delantera? Enseñar que Jesús es Dios y olvidar que Dios es Jesús, que Cristo es la medida de la salvación del hombre y que esta, en términos contemporáneos, se mide en humanización, da motivos para pensar que el cristianismo es irrelevante. Un cristianismo que pone lo esencial exclusivamente en el *más allá* no merece la más mínima autoridad en el *más acá*.

Hoy, además, cuando la emergencia de una clase de jóvenes se levanta contra la injusticia educacional estructural del país, los colegios y universidades católicas debieran revisar los perfiles de egreso de sus alumnos. No pueden desentenderse de lo que está ocurriendo. La Iglesia tiene numerosos colegios y escuelas que educan a los más pobres. La mayoría de estos acogen niños de las clases medias-bajas. La Iglesia tiene universidades que hacen un verdadero esfuerzo por formar generaciones con sentido de bien común. Las mejores no se ubican en los sectores altos de la ciudad. Están en San Joaquín o en la Alameda. Pero hace cuarenta años hubo intentos de educación católica mucho más integradora. Los curas del Saint George quebraron la viga maestra de la educación de la elite: formar a los *mejores* para que algún día edifiquen un país *mejor*.

El contexto ha cambiado. Hoy no se puede dar educación buena para ricos y educación mala para pobres. La

Iglesia católica, ante el desafío de formación de la elite, se encuentra en una disyuntiva: seleccionar a los *mejores* para hacer una país *mejor* o *integrar* a niños de diversos orígenes (sociales, culturales y religiosos) para conseguir una sociedad *integrada*. La selección excluye necesariamente. El país del 2011 ha tomado conciencia de que seleccionar es excluir. La integración, sin embargo, puede ser conflictiva. Pero si no se la intenta en el aula y tempranamente, la segregación actual incuba violencia social.

La evangelización se encuentra en un punto crítico. Ya no se trata de hacer de Chile un país católico (el mismo Padre Hurtado habría cambiado su manera de pensar). La cruz del problema de la educación católica es defender la posibilidad de levantar escuelas y colegios con proyectos educativos propios, sin que la calidad de estos colegios, por razón de competencia, perjudique la educación de los más pobres o de quienes no han de ser los seleccionados en tales instituciones. Selección es exclusión. Al Estado le corresponde impedir que esto ocurra. No impedir el pluralismo de proyectos educativos. Sería una barbaridad. Pero no puede financiar, por vía indirecta, la exclusión. Debe, por el contrario, elevar, en cuanto pueda, el financiamiento de una educación de calidad para todos por parejo. E incluso, hacer una discriminación positiva en favor de los excluidos. La Iglesia no debiera querer más que esto mismo. Sería paradójal que fuera el Estado, y no ella, la que hiciera la “opción por los pobres”.

Los últimos cuarenta años son una reserva extraordinaria de sentido para la Iglesia católica chilena. Volver la mirada hacia atrás, hacer memoria de la pasión de las víctimas del pasado, volver a *sentir* su dolor, *sentir* hoy la demanda estudiantil y las quejas contra la sociedad mercantilista, y seleccionar a los excluidos, le da *sentido*

a la misión de la Iglesia: orientación y razón de ser para el futuro. Los católicos se juegan el partido. *Match point.*

FORMACIÓN DE GENIOS

Propongo como tarea educativa formar genios.

El tema es delicado. Los genios son admirables por su aporte, pero temibles por los efectos secundarios de su condición. Peor aún son los que se tienen por genios. Unos y otros suelen ser individualistas. ¿Se necesitan personas más egoístas de las que ya tenemos, más ególatras y caprichosas? Una educación aristocratizante es siempre fatal. Nos sobran personas que se desentienden de su prójimo, creídas, maleducadas o insolidarias. La genialidad es caldo de cultivo de nazismos y monstruosidades de este tipo.

Se dirá, por otra parte, que los genios se dan solos, que es ridículo tratar de producirlos.

Pero yo reclamo otra genialidad. Todo ser que viene a este mundo tiene pasta para ser gen-uino, gen-til y gen-eroso. Estas tremendas virtudes, estoy convencido, pueden enseñarse y aprenderse.

Me preocupa una educación que pueda apagar lo gen-uino. Noto niños acomplejados por su incapacidad de aprender. ¿No se estará dando demasiada importancia a las evaluaciones mediante cifras? ¿No es jibarizante valorar a los párvulos con números y bajo algunos pocos respetos? También la profesora es evaluada, y el director del colegio... Notas, premios, asistencia ... ¿No estaremos formando personas para competir contra los demás, infantes que repiten lo que nunca llegarían a aprender

por sí mismos, curcos que obedecen hasta a su sombra y aduladores?

¿Y estamos formando personas gen-til es? Todos tenemos un mínimo de capacidad de dar las gracias y de pedir perdón. Gentil es alguien que ha desarrollado el sentido del prójimo. No lo tiene precisamente el estudiante que se larga al piso del Metro quitando espacio a los demás y arriesgando su seguridad. Menos la tiene el graffitero que raya las ventanas de los carros, los asientos, las murallas porque quiere expresarse o qué sé yo. El don de gente puede educarse; también el instinto para adivinar qué le sucede a nuestros seres queridos, a la esposa, al compañero de trabajo. La gen-te gen-til nos devuelve las ganas de vivir.

La gen-erosidad también se enseña. En este caso ayuda mucho gen-erar en el formando la aptitud de ponerse en la situación del necesitado. ¡Necesidades hay tantas! Bien se puede aprender a sufrir en el lugar de los otros la carencia que les afecta. ¡Que le duelan los demás! Hasta que espontánea, libre y alegremente pueda uno sacrificarse por ellos, darles tiempo, amor, además de pan y de justicia.

Nuestra gen-ética nos ha dotado de la posibilidad de ser geniales: genuinos, gentiles, generosos.

¿Hay profesores a los que se pueda pedir algo así? Sí, muchos de ellos lo hacen. Si no logran formar genios, es otro asunto. Lo principal es intentarlo.

Inevitablemente recorro a mi propia experiencia. Se me excuse. Cuando más pude influir en los jóvenes fue cuando tuve a mi cargo una de las etapas de formación de los jesuitas. Me propuse precisamente formar genios. Pensé que, para conseguirlo, debía ayudar a que ellos mismos conectaran el misterio de su vocación con la ne-

cesidad de estudiar con pasión e independencia. Un seminarista no puede interiorizar a un Jesús pasado por agua. Cristo pudo mandar a los herodianos a la punta del cerro porque hizo contacto e interpretó el clamor de su pueblo. Representó a las víctimas de la religiosidad hipócrita porque se puso en su lugar, y sufrió su marginación social y religiosa. Entendió que la conexión auténtica con Dios se prueba en una conexión profunda con el ser humano inocente o pecador. Jesús fue genuino. Fue gentil con los pobres, los enfermos, los endemoniadas, pero a la vez fiero contra los despiadados. La gentileza no excluye el coraje. De tanto mirar a Jesús pensé que el contacto con Dios habría de constituir a los estudiantes jesuitas en gente a la mano de cualquiera, gen-te in-gen-iosa y gen-erosa. Su educación no podía ser enciclopédica, menos uniformante. Debía contactarlos con sus contemporáneos, con su padecer, para responder a sus clamores apasionadamente, como personas libres, creativas y creíbles.

¿Lo logré? Mal hace un formador si piensa que depende de él formar a una persona. Debe, por el contrario, estimular a sus estudiantes para que se formen a sí mismos.

Necesitamos personas geniales, si por tales entendemos gente-gente; personas auténticas, que se den ellas mismas, en vez de ofrecer palabras, regalos o posturas para agradar a las mayorías. La educación debiera poder formar mujeres y hombres educados, gentiles. Tendría que formar niños dispuestos a sacrificarse por los demás, por el país, conscientes de sus derechos, de su dignidad, tanto como de sus deberes y de la dignidad de sus conciudadanos.

UNIVERSIDADES DE INSTINTO CRISTIANO

Sé que suena rara la expresión. Adelanto dos sinónimos: universidades de intuición cristiana; universidades anónimamente cristianas. Me refiero a universidades en las cuales las personas, pudiendo no ser católicas ni cristianas, aun como agnósticas, ateas o pertenecientes a otros credos, atinan sin embargo con lo que los cristianos debieran reconocer como suyo y fundamental. ¿Por qué elucidar un concepto aparentemente tan rebuscado? Muy simple: para distinguir a estas de aquellas en las que la denominación “católica”, “pontificia” o “cristiana” explícita sirve a otros intereses, distintos de los que la Iglesia espera que cumplan, y para que ellas puedan orientarse en la consecución de su misión. Pues ocurre que a veces la adscripción religiosa en algunas universidades las perjudica y les impide alcanzar la verdad, objetivo de toda universidad.

Distingo la universidad de instinto cristiano respecto de las universidades explícitamente cristianas. En algunas de estas la confesionalidad se considera lo principal. Cuando esto ocurre, no ser católico o cristiano puede tolerarse bien o mal. Pero incluso allí donde se lo tolera con gran simpatía, el hecho de que la identidad universitaria dependa del reconocimiento del credo cristiano, se termina discriminando entre universitarios (alumnos y profesores) de primera y de segunda categoría. Esto sucede, por ejemplo, cuando en paridad de condiciones académicas una universidad católica contrata a un católico; excluido el caso en que ser católico sea un requisito decisivo, por ejemplo, cuando se trata de contratar a un profesor de teología.

Hay otras universidades cristianas, católicas o pontificias en las que la confesionalidad no es fundamental. En ellas no cabe discriminación en virtud del credo. En cambio, lo principal es el diálogo del cristianismo con la secularidad en el momento histórico correspondiente. En este caso, el Evangelio es exigido a dar razón de su capacidad de transformación creativa y liberadora de la humanidad en todos los planos; esto debe ocurrir, sin embargo, mediante un recurso explícito al factor cristiano. Los no cristianos en estas universidades tienen la misma legitimidad de título que cualquiera. Aun así, es indispensable que en ellas haya efectivamente cristianos y que dialoguen con todos en vista de una inculturación de la fe. Si no los hay, no hay diálogo, no se cumple su misión. ¿Cuántos debiera haber? Bastaría uno. Si no lo hubiera, tales universidades tendrían que cerrar. No se justificaría su existencia.

Las universidades de instinto cristiano se justifican por una conclusión teológica del Concilio Vaticano II (1962-1965): la salvación ocurrida en Cristo ha alcanzado a todos los seres humanos y está actuante en cada persona, independientemente de que crea en Dios o no crea, de que crea esto o aquello. Dios, podría decirse, se las arregla para llevar a la plenitud a la humanidad (personal y socialmente considerada) por caminos que la Iglesia católica y los cristianos pueden desconocer (*Gaudium et spes* 22). Es más, puede ser que incluso los ateos le lleven la delantera a los católicos pues, como el mismo Concilio afirma, lo decisivo en la historia humana es la caridad (*Lumen gentium* 14). Debe entonces considerarse que una universidad es cristiana, en lo más profundo de su concepto, cuando tiene un sentido público, a saber, cuando busca la verdad, la belleza, la justicia y la reconciliación

social independientemente de la identidad religiosa, filosófica o cultural de sus miembros.

Si es así, se dirá, no tiene sentido que haya universidades confesionales. Ocurre que en este plano se replica la curiosidad del cristianismo como religión de la secularidad; pues para el cristianismo Dios se encarna y solo se deja reconocer en un ser humano, verdaderamente humano como Jesús. Todo el simbolismo, la metáfora y la representación que asemeja al cristianismo con otras religiones, está al servicio de hacer que el ser humano sea más humano, ya que la trascendencia que invoca no es alienante sino radicalmente histórica. El cristianismo postula una salvación “de” el mundo en un sentido, pero no en otro. No pretende un escape “de” el mundo. Trata, en cambio, de la salvación “de” el mundo en cuanto mundo. En el plano universitario, el cristianismo debiera poder ser radicalmente secular; pues su pretensión de eternidad es la elevación de la humanidad sin más. Sin embargo, a veces se yerra el tiro. Sucede que la cuestión religiosa, si se confunden los planos, hace cortocircuito. Por de pronto, las pastorales universitarias son realmente tales cuando la piedad religiosa que cultivan favorece el compromiso de las personas (profesores y alumnos) con el ser humano sin apellido.

Lo que aquí quiero subrayar es que, respecto del desarrollo de la ciencia orientada al servicio de la humanidad, la confesionalidad religiosa tiene una importancia subordinada. En las católicas y en aquellas de inspiración cristiana, el instinto de Cristo, el Cristo que transforma y dirige interiormente la historia a mayores cotas de humanidad, es lo único decisivo. Tanto, que si esto no se diera en ellas no serían tales: ni católicas ni cristianas. Pues el Cristo que actúa secularmente constituye la razón subterránea de ser de estas universidades.

Concluyo: creo que hay universidades y universitarios con instinto cristiano, caracterizados por su *pathos* de humanidad –por su apasionamiento y su padecer con el ser humano–, que atinan con Cristo, como cristianos o como no-cristianos. A este nivel de realidad, el instinto de Cristo salvaguarda a las mismas universidades confesionalmente cristianas de su posible corrupción. Esto es tan importante, pienso, que debiera quedar consagrado de algún modo en sus declaraciones de misión y estipularse jurídicamente en sus reglamentos, de modo que el recurso explícito a la fe esté al servicio de un mundo más integrado y jamás sea causa de discriminación por razones religiosas.

LA TEOLOGÍA UNIVERSITARIA

La cuestión de fondo que enfrenta la teología hoy, y que repercute en las universidades católicas, es un cambio de paradigma de enormes proporciones. La teología, para seguir siendo católica, ha debido transformarse en una reflexión sobre un cristianismo que no cesa de desarrollarse. Pero, se dirá, ¿no ha debido ser siempre así? Sí, pero este es un descubrimiento teórico del siglo XX.

Hasta el siglo XX la teología procuró ser reflexión de la revelación de Dios ocurrida en Cristo, en Palestina y en el judaísmo que precedió a Jesús, reflexión que prosperó en un mundo cultural más o menos homogéneo, la cuenca del Mediterráneo y los países europeos. Esta teología, que quiso responder a este contexto histórico y cultural, no tuvo cómo ser consciente de sus límites. No

era posible concebir una teología verdaderamente distinta de la que en ese entonces se hacía, aun cuando en la tradición eclesial sí tuvo lucidez para no confundir la teología con Dios mismo. El concilio IV de Letrán (1215), por ejemplo, sostiene que “no puede afirmarse tanta semejanza entre el Creador y la criatura, sin que haya que afirmarse mayor desemejanza”. La teología siempre ha tenido conciencia que sus afirmaciones sobre Dios son precarias.

En el siglo XX la teología, a diferencia de épocas anteriores, fue reconociendo la historicidad del ser humano y la necesidad de responder a los desafíos pastorales de contextos culturales plurales. Hoy, cuando la Iglesia prospera con nuevas fuerzas en Asia, África y otros lugares no tradicionales, y decae en Europa y el Primer mundo, se ha visto forzada a integrar nuevos temas y a innovar en sus formas de razonar.

La teología ha debido realizar un cambio inmenso porque, además, su reflexión no ha podido centrarse solo en lo revelado en el pasado ni tampoco en contenidos meramente teóricos. Lo decisivo hoy es comprender, a la luz de una tradición milenaria, la vida misma de los contemporáneos. Desde el punto de vista de la vida de las personas, más importante es entender lo que Dios les dice en el presente, en la actualidad, que lo que ha podido decir a otros en el pasado. Esto ha llegado a ser decisivo para la Iglesia. Así lo entienden las teologías más consistentes tanto católicas como protestantes. Por de pronto, si los agentes pastorales (de obispos a catequistas, pasando por los sacerdotes) no tienen en cuenta los esfuerzos de la teología por llegar con el Evangelio a los contemporáneos, seguirán tratando inútilmente de enseñar lo que nadie quiere aprender: formulaciones doctrinales que sir-

vieron en otras épocas, pero que en la actualidad, en los nuevos contextos, se han vuelto incomprensibles. Porque una cosa es el contenido de la fe (que no puede cambiar) y otra la forma de comunicarlo (que debe cambiar).

La teología actual ha descubierto que si no considera que Dios actúa y habla en el presente, está condenada al enclaustramiento académico. Al enciclopedismo. A la filología. A la arqueología. A la erudición intrascendente. Esta situación le impedirá el diálogo con las disciplinas científicas sin la cual la teología no puede cumplir su obligación de mediar fe y razón, fe y cultura, fe y justicia.

Este es el desafío y el drama de la teología universitaria. Si ella no se ejerce en un registro radicalmente histórico, si no reconoce que la verdad eterna solo se la alcanza cuando se la busca en la temporalidad y en un diálogo humano que no puede excluir a nadie, no habrá interdisciplinariedad alguna en las universidades católicas. Es más, la teología del siglo XX, porque tuvo que asumir a fondo la historicidad del ser humano, debió mirarse ella misma desde el futuro y confesar, en consecuencia, su índole provisional. Aquello que ella debe pensar tiene un pasado, un presente y un futuro. Es decir, que la verdad a la que aspira también está aún por realizarse. En consecuencia, la formulación de todas las conclusiones tradicionales ha de ser siempre reconsiderada, corregida y renovada para transmitir el Evangelio del amor –que nunca cambiará– a las futuras generaciones.

La Iglesia necesita una teología universitaria. Pero no cualquiera. Es teología universitaria una que reconoce ante las otras disciplinas la historicidad de la ciencia y la suya propia. Es universitaria, bajo otro respecto, una teología que asume una orientación pastoral: una que tiene en cuenta los esfuerzos, fracasos y perplejidades de

personas concretas que crecen y disminuyen, que se recuperan y avanzan hacia el Dios que las atrae por caminos que nadie puede saber por anticipado.

IV

LA VUELTA DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

PABLO VI, LOS POBRES Y LA IGLESIA LATINOAMERICANA

PABLO VI, RECIENTEMENTE PROCLAMADO BEATO por el Papa Francisco, merece un especial reconocimiento de parte de la Iglesia en América Latina. Le debe mucho. Menciono tres méritos, pero me alargo solo en el tercero: promovió la constitución del CELAM en su primera década de vida, estimuló una evangelización de las culturas del continente y, tercero, sustentó teológicamente la que Puebla llamaría “opción preferencial por los pobres”.

Fue Pablo VI el primer Papa que puso un pie en tierra latinoamericana. Esto ocurrió en Colombia en 1968.

El acontecimiento catalizó un grandísimo interés. América Latina recibía al representante de su centenaria fe en Cristo; en un momento históricamente muy delicado desde un punto de vista socio-político; y justo cuando la Iglesia continental ensayaba su apropiación del Concilio Vaticano II.

En esos años, desde la Revolución cubana en adelante, la agitación socio-política y las exhortaciones a la violencia se oían en todos los países. La tensión Este – Oeste, USA – URSS, era máxima. Había motivos para la ebullición revolucionaria y también para sofocarla: durante el siglo XX se había exasperado la conciencia de la situación de miseria de los campesinos y los obreros, y de inmigrantes en las grandes ciudades.

El Papa que venía a inaugurar la II Conferencia episcopal latinoamericana, debía dar una orientación precisa para impulsar una recepción del Concilio que se hiciera cargo de esta realidad. Por esto, bien vale recordar con atención sus conmovedoras palabras a miles de campesinos en Mosquera:

"Porque conocemos las condiciones de vuestra existencia: condiciones de miseria para muchos de vosotros, a veces inferiores a la exigencia normal de la vida humana. Nos estáis ahora escuchando en silencio; pero oímos el grito que sube de vuestro sufrimiento y del de la mayor parte de la humanidad. No podemos desinteresarnos de vosotros; queremos ser solidarios con vuestra buena causa, que es la del Pueblo humilde, la de la gente pobre. Sabemos que el desarrollo económico y social ha sido desigual en el gran continente de América Latina; y que mientras ha favorecido a quienes lo promovieron en un

principio, ha descuidado la masa de las poblaciones nativas, casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente. Sabemos que hoy os percatáis de la inferioridad de vuestras condiciones sociales y culturales, y estáis impacientes por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un mejor reconocimiento de la importancia que, por ser tan numerosos, merecéis y del puesto que os compete en la sociedad. Bien creemos que tenéis algún conocimiento de cómo la Iglesia católica ha defendido vuestra suerte; la han vindicado los Papas, nuestros Predecesores, con sus célebres Encíclicas sociales y la ha defendido el Concilio ecuménico".

Hasta hoy los teólogos de la liberación han lamentado que el concepto de "Iglesia de los pobres" no se hubiese constituido en el tema central del Vaticano II. El Cardenal Lercaro y otros más pensaban que aquella designaba una característica decisiva de la Iglesia de Cristo, que debía destacarse más aún en aquellos años. No fue así. No lo bastante. De aquí que se dijera que el Concilio había quedado en deuda con América latina y que la encíclica *Populorum progressio* (1968), del mismo Pablo VI, habría sido el pago de esta deuda.

Pero hay algo aún más profundo. El Papa Montini, en aquella misma ocasión, puso bases cristológicas a la que sería la "opción por los pobres" que ha llegado a constituir el nombre de la recepción del Concilio de la Iglesia en América Latina. En este mismo discurso, de un modo impresionante, Pablo VI descubre a los pobres su identidad más profunda. Lo hace en términos sobrecogedores:

"Hemos venido a Bogotá para rendir honor a Jesús en su misterio eucarístico y sentimos pleno gozo por haber tenido la oportunidad de hacerlo, llegando también ahora hasta aquí para celebrar la presencia del Señor entre nosotros, en medio de la Iglesia y del mundo, en vuestras personas. Sois vosotros un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo. El sacramento de la Eucaristía nos ofrece su escondida presencia, viva y real; vosotros sois también un sacramento, es decir, una imagen sagrada del Señor en el mundo, un reflejo que representa y no esconde su rostro humano y divino".

Esos campesinos debieron ser fuertemente impresionados por las palabras de un Papa que veía en ellos un sacramento de Cristo y los saludaba con reverencia:

"No hemos venido para recibir vuestras filiales aclamaciones, siempre gratas y conmovedoras, sino para honrar al Señor en vuestras personas, para inclinarnos por tanto ante ellas y para deciros que aquel amor, exigido tres veces por Cristo resucitado a Pedro (Cf. Jn 21, 15ss), de quien somos el humilde y último sucesor, lo rendimos a Él en vosotros, en vosotros mismos. Os amamos, como Pastor. Es decir, compartiendo vuestra indigencia y con la responsabilidad de ser vuestro guía y de buscar vuestro bien y vuestra salvación. Os amamos con un afecto de *predilección* y con Nos, recordadlo bien y tenedlo siempre presente, os ama la Santa Iglesia católica".

Pablo VI, de esta manera, ponía el cimiento de la que habría de ser la clave de la pastoral de la Iglesia la-

tinoamericana y de la naciente Teología de la liberación: la preferencia de Dios por los pobres se haría visible en un compromiso solidario de los cristianos con los pobres mediante prácticas sociales y políticas a todo nivel. En Mosquera el Papa prometió a los pobres de todo el continente: defender su causa, denunciar las desigualdades económicas entre ricos y pobres, patrocinar la colaboración entre las naciones, dar la Iglesia testimonio de pobreza y anunciar a ellos mismos, los pobres, la bienaventuranza de la pobreza evangélica.

En esos agitados años el Papa pidió a los latinoamericanos no confiar en la violencia ni en la revolución. Esta podría acarrear aún peores males. Pero él mismo alentaba la organización de otras formas de lucha contra la injusticia.

SAN ROMERO DE AMÉRICA

El Papa beatifica a Mons. Óscar Arnulfo Romero. Francisco reivindica a la "Iglesia de los pobres".

El obispo Romero ha sido llamado "San Romero de América". La Iglesia de los pobres latinoamericana se ha adelantado a la Santa Sede, llamándolo así. La Santa Sede, sin embargo, no se ha hecho problema con esta anticipación. Se trata de un hombre grande. Gigante, porque evoca de un modo impactante a Jesús de Nazaret, el primero de los mártires cristianos.

Romero se convirtió al Dios de los pobres. La imagen de Dios de su bautismo y de su formación presbiteral cambió, adquirió nuevas características en la misma

medida que el obispo se comprometió más y más con la suerte del pueblo salvadoreño. Lo trastocó el martirio de su amigo sacerdote Rutilio Grande. Lo transformó Puebla, la conferencia episcopal que formuló la “opción por los pobres”. Existía en Romero esa apertura espiritual a la realidad que solo se da en las personas que aman la verdad y están dispuestas a dejarse afectar por los acontecimientos históricos.

Romero fue un mártir de la fe cristiana en cuanto mártir de la justicia. Representó en carne propia a un pueblo mártir: pobres, campesinos, miles de oprimidos y asesinados por una sociedad salvadoreña tremendamente desigual e injusta. Impresiona que le hayan metido un balazo en el corazón justo cuando alzaba la hostia en la consagración eucarística. Más debiera impresionar un hombre que corrió el riesgo, en tiempos de extrema violencia, de ser la “voz de los que no tienen voz” y que haya “resucitado en la lucha de su pueblo” (cómo él mismo dijo que haría).

La Iglesia popular de América Latina ha “canonizado” a Romero antes de su beatificación oficial, porque nadie la representa mejor. Con Óscar Romero se reivindica a las comunidades de base. Esta ha sido la Iglesia de la conferencia de Medellín (1968) y de Puebla (1979), de las conferencias episcopales que acompañaron a sus pueblos en tiempos de dictadura y de persecución; ha sido la Iglesia de las monjas de población, de los curas obreros y de los catequistas que apenas sabían leer y escribir; de las misas en las que la gente con la Biblia en las manos entendió la palabra de Dios a partir de su vida y viceversa; la Iglesia de las ollas comunes, de las canastas de ayuda fraterna y de los vía crucis de la solidaridad; la Iglesia de la Teología de la liberación, la única reflexión cristiana

que ha tenido el coraje de hacerse cargo de la experiencia latinoamericana de Dios.

El Papa Francisco beatifica al representante latinoamericano de la Iglesia que él mismo quiere que sea “pobre y para los pobres”. Este ha sido el resultado final del proceso que comenzó con desbloquearlo. Pues hubo eclesiásticos, es lamentable, que bloquearon que su causa avanzara.

DON PEPE ALDUNATE,
PREMIO NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS

Chile en casi 500 años de historia ha tenido crisis mayores: el desastre de Curalaba en 1598, la revolución de la Independencia, la revolución del 1891 y el golpe de 1973 y la dictadura que le siguió. De todos, este fue el período más inhumano. No porque en él se haya matado mucha gente. Los asesinados en todos estos tristes acontecimientos fueron en gran medida víctimas de la locura de las revoluciones cuando se desatan y, por tanto, tienen mucho de tragedia. Pero los detenidos desaparecidos y los centros de tortura de la dictadura fueron pensados fríamente. El general Pinochet fue responsable plenamente consciente del régimen más cruel de la historia de Chile.

Estos mismos años, sin embargo, hubo gente extraordinaria. Don Pepe fue uno. Hubo más. Hubo gente muy sencilla que pasará al olvido, gente que ni siquiera ella sabrá algún día que con su lucha por el respeto a los derechos humanos nos ha legado dignidad y amor por nosotros mismos. Pensemos en los familiares que buscaron por años noticias o restos de hijos o esposos, en las

trabajadoras sociales de la Vicaría de la Solidaridad que recibían a estas y a otras personas. Recordemos las arpilleras en que quedó registrada la historia que los medios de comunicación de la época contaron con dificultad u ocultaron.

¿Qué explica que en Chile haya surgido un José Aldunate? En una entrevista que yo mismo le hice, dice: “Había una iglesia de derecha y una iglesia de centro. Faltaba una iglesia de izquierda”. Esto me sonó muy divertido. Él lo decía en serio. Ponía así en claro que la Iglesia es plural, pero sobre todo que una iglesia sin izquierda no es realmente la iglesia católica y, por otro lado, que la iglesia de derecha, aliada con el poder, había sido cómplice de lo ocurrido en el país.

¿Qué explica a Don Pepe? Perteneció al grupo Equipo Misión Obrera (EMO) de sacerdotes obreros y participó activamente en el movimiento de la Teología de la liberación. Fue parte de la Iglesia latinoamericana que acogió el Concilio Vaticano II en clave de “opción de Dios por los pobres”. Esta Iglesia reconoció a los pobres y perseguidos un protagonismo que no tenían. Puso la Biblia en las manos del pueblo. Gente que apenas sabía leer y escribir, con la Palabra en sus manos, supo que era digna, que Dios deplora la opresión y que sostiene la lucha por la justicia. Don Pepe fue un intelectual popular. Leyó a los autores sancionados por la Congregación para la Doctrina de la fe, pasó horas conversando de Dios con personas humildes, con obreros y religiosas comprometidos, maduró sus opiniones y las puso por escrito.

Durante 20 años (1975-1995) fue director de Policarpo. EMO le encargó esta publicación clandestina que en sus inicios se llamó “No podemos callar”. El periódico circulaba con cuidado. No se sabía cómo llegaba, quién

lo financiaba. Era gratis. Ni los obispos Silva Henríquez, Fresno y Oviedo supieron quién era su director. Sí lo sabía el provincial de los jesuitas. Don Pepe tenía escondido el mimeógrafo en el coro de la iglesia Jesús Obrero. Después se lo llevó a un colegio del barrio alto. No me dijo cual. ¿San Ignacio el Bosque?

Él y otros héroes, religiosos, religiosas, creyentes y no creyentes, fundaron el movimiento contra la tortura que dos meses después llamaron Sebastián Acevedo en recuerdo del padre de familia que se inmoló pidiendo que liberaran a sus hijos que, detenidos, iban a ser torturados. Esta colaboración entre cristianos y no cristianos fue también característica de ese mundo de gente que comulgaba con los valores que hoy consideramos propios de todo el país. Ellos nos llevaban la delantera. La humanidad a secas valió más que la pertenencia religiosa. Los cristianos, en colaboración con los ateos, descubrieron a Cristo crucificado en cualquier ser humano perseguido, destrozado y eliminado; muchos que no creían en Dios creyeron sin embargo en la Iglesia. Don Pepe, el chico Baeza, Mariano Puga, Roberto Bolton, Anita Gossens, Elena Chaín y las monjas de población, tantas otras personas, tantos, nos enseñaron la dignidad trascendente del ser humano.

ACTUALIDAD Y FUTURO DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

¿Fue contrario Jorge Mario Bergoglio años atrás a la Teología de la liberación? Probablemente en más de un punto.

¿Es hoy el Papa Francisco un opositor a esta teología? No da la impresión.

Consta, sí, que los simpatizantes de la Teología de la liberación están exultantes con él. Es cosa de ver las páginas electrónicas. Los sectores católicos liberacionistas se han identificado rápidamente con el nuevo Papa. El nombre de Francisco, la sencillez, los ataques contra “una economía que mata”, la ya famosa frase: “cuánto querría una Iglesia pobre y para los pobres...”, han sido señales inequívocas de un giro que el progresismo social cristiano interpreta como un guiño favorable.

¿Qué importancia pudiera tener que el Papa llegue a reconocer valor a esta teología? ¿Y a los movimientos, congregaciones religiosas y comunidades de base que se han inspirado en ella, dándole a la vez suelo para su desarrollo?

Juan Pablo II no la condenó, pero le hizo críticas duras y mantuvo a raya a sus teólogos. El Cardenal Ratzinger, que ejerció este control desde el cargo de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en el documento *Instrucción sobre algunos aspectos de la “Teología de la liberación”* (1984), desaprobó el uso acríptico de categorías marxistas. Pero no puso en duda la “opción por los pobres”. Es más, en otro documento titulado *Instrucción sobre la libertad cristiana y la liberación* (1986) subrayó la raigambre bíblica de los planteamientos teológicos liberacionistas. Por lo cual no debe extrañar demasiado que el año pasado Ratzinger, convertido en Benedicto XVI, haya nombrado a cargo de aquella Congregación a Gerhard Müller, un obispo alemán que en 2005 había escrito junto a Gustavo Gutiérrez un libro titulado *Del lado de los pobres. Teología de la liberación*. El mismo Ratzinger -se sabía- siempre había sentido simpatía por Gutiérrez,

llamado el “padre” de esta teología. El nombramiento de Müller ha sido una señal de un viraje que puede terminar siendo decisivo.

Ahora último el Papa Francisco ha recibido afectuosamente a Jon Sobrino, censurado pocos años antes por la Congregación para la Doctrina de la Fe; y ha aprovechado la colaboración de Leonardo Boff, castigado por esta Congregación, en la escritura de la encíclica *Laudato si'*.

Pero, ninguna importancia llegará a tener esta cierta simpatía del Papa por esta teología, si los seguidores de Gutiérrez, Boff, Segundo, Sobrino, Gebara, Támez, Andrade, Codina, Comblin, Mesters, Galilea, Trigo, Muñoz, Ellacuría y los otros muchos teólogos liberacionistas pretenden revitalizar tal cual la teología que motivó el compromiso cristiano de los años sesenta y setenta. Hoy el tema no es la reforma agraria, ni el imperialismo yankee, ni el marxismo, ni la guerrilla del Che o de Camilo Torres, ni los años grises de la dictadura de Pinochet. Debe recordárselo, porque la tendencia a revivir esos tiempos es una tentación inútil y, para colmo de la torpeza, infiel al método de la misma Teología de la liberación.

La Teología de la liberación nunca fue condenada. El mismo Juan Pablo II advirtió que ella, en algunos casos, era incluso “necesaria” (Brasil, 1986). Tampoco habría sido fácil hacerlo, pues fue el mismo Magisterio latinoamericano que formuló la “opción por los pobres”, núcleo de la convicción mística y teológica de esta teología. Su actualidad estriba en esta convicción y en su método. Los obispos del continente se aproximaron a la realidad en la clave del “ver, juzgar y actuar”. Ellos popularizaron este procedimiento metodológico, impulsando a la Iglesia a reconocer la acción de Dios en la historia presente y a sumarse a ella.

Debe reconocerse al Vaticano II la paternidad ulterior de este método. El documento *Gaudium et spes* quiso comprender los “signos de los tiempos”: “discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales (el Pueblo de Dios) participa juntamente con los contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (*Gaudium et spes* 11). Es decir, que en acontecimientos humanos especialmente significativos es posible reconocer la acción de Dios y reflexionar sobre ella. Esto ha exigido a la Iglesia no querer enseñar al mundo qué es lo que Dios quiere, sin aprender del mundo qué es lo que Dios quiere.

En adelante la teología ha podido considerar que el contexto histórico no solo autoriza a interpretar la doctrina tradicional acomodándola, adaptándola, a nuevas circunstancias, sino que el contexto mismo tiene algo que decir sobre Dios y sobre su voluntad. Dios que se reveló en la historia, en la historia continúa manifestándose. La Iglesia no vino al mundo con un canasto de doctrina debajo del brazo. Ella fue amasando durante siglos su doctrina, la cual no ha sido sino interpretación de la Escritura como Palabra de un Dios que continúa hablando en el presente y que, porque seguirá haciéndolo en el futuro, obliga a considerar las formulaciones teológicas como provisionarias.

Así las cosas, la Iglesia hoy debe atender a la historia si quiere ser históricamente relevante. ¿Cómo hacerlo? Debe arraigar hondamente en la humanidad sufriente, sufrir con ella, esperar con ella, indagar sus necesidades de liberación y de dignificación. Debe, en suma, sintonizar con el Espíritu de Cristo que clama en los pobres; y por otra parte, recurrir al servicio de las ciencias sociales que le permitirán comprender mejor qué está sucediendo con las personas y las sociedades.

Sabemos que Francisco Papa es un hombre conectado con el sufrimiento del mundo. Bien quiere la liberación de los diversos oprimidos. Será muy importante, además, que tome en serio el aporte de la filosofía actual y de las ciencias modernas. Sin estas, el discernimiento de la viabilidad de la liberación es hoy culturalmente imposible.

Hoy la Iglesia necesita que el Papa Francisco estimule y se sirva de la Teología de la liberación, entendida esta como una apertura reflexiva y crítica al actuar humano contemporáneo, especialmente a aquel de quienes padecen algún tipo de discriminación y exclusión. Si no lo hace, la humanidad continuará llevándole la delantera a la Iglesia en materias en las que ella ha presumido tener la razón. El mero desarrollo de las ciencias no ha elevado a la humanidad a su cota más alta. A veces la ha hundido en involuciones atroces y aterra pensar en las experimentaciones en curso. Pero la Iglesia solo puede tratar legítimamente de atajar los excesos de la modernidad o encauzarla, reconociendo que, para anunciar que Cristo es una Buena noticia, es necesario usar la razón, la ciencia y la técnica.

A la Teología de la liberación hoy, por una cuestión de método, se le abren nuevas posibilidades de interés. Ella, que se ocupa de la liberación, suele también dar suma importancia a la creatividad que amplía los horizontes de la vida. Los seres humanos combaten la opresión, la injusticia, las nuevas y viejas esclavitudes. Pero también crean y recrean mundos insospechados, innovan en la estética y en la moral. En las innumerables experimentaciones de la humanidad, Dios mismo puede estar dándose a reconocer como el Creador. Dios no se cansa ni se repite. La Teología de la liberación desde hace años

valora las distintas culturas, e incluso las diferentes religiones, pues cree, por principio, que Dios acontece incessantemente en el mundo. Su aporte más característico en esta apertura suya a todo lo real, ha consistido en valorar la creatividad de los pobres. Para esta teología los pobres no solo han de ser objeto de caridad y de justicia. Ellos deben ser considerados sujetos que inventan un mundo nuevo con escasos materiales pero con la comprensión vital de un Evangelio que ha sido anunciado a ellos antes que a nadie. El aporte mayor de la Teología de la liberación, y de aquí su futuro, estriba en creer en la creatividad de los pobres.

Esto explica que los simpatizantes de la Teología de la liberación aplaudan al Papa Francisco. Ven en él a alguien que apuesta por los pobres.

V

AGITACIONES EN LA IGLESIA

LOS CASOS KARADIMA

EL CASO KARADIMA, entre otros casos del género, puede ser analizado desde distintos ángulos. Ofrezco una mirada teológica. No puedo excluir que Fernando Karadima haya podido hacer el bien a mucha gente. Personas cercanas podrán decir que sí. Ningún fenómeno humano es cien por ciento puro o impuro. Por otra parte, así como es posible detectar en Karadima, y en otros líderes religiosos, una perversión psicológica, también diagnosticamos una tara teológica. A mí parecer, él, Marcial Maciel, Paul Schaefer y otros líderes espirituales menores, son casos de

corrupción del mediador. Quien se suponía que cumplía la función de acercar las personas a Dios y Dios a las personas, resulta ser un impostor.

El mediador es impostor cuando ocupa el lugar que solo corresponde a Dios. Se impone a las personas con una contundencia y magnetismo irresistible. Las atrapa en su persona. No las remite al Dios que trascendiendo al ser humano, puede cuidar de él sin necesidad de enderezarlo a la fuerza. La patología teológica del impostor es paradójicamente una falta de fe que oculta una sed insaciable de poder. En cualquier persona la fe puede ir y venir. Pero hay expresiones religiosas que, pareciendo fe, no lo son. El impostor, en cuanto teológicamente enfermo, no es un creyente. Pide fe en él, cuando solo debe exigirla para Dios. Cuando es sacerdote, ofrece liberación del demonio, del pecado y de la culpa, pero no cumple. Pues, cuando el impostor se apodera de los demás, cuando se adueña de las personas olvidando que ellas solo pertenecen a Dios, genera confusión en la gente y la peor de las dependencias; no genera amor, sino miedo, miedo a amar y ser amado. La víctima termina culpándose de unos pecados que no son sus pecados, sino los del abusador. De esta manera el impostor puede dinamitar los límites dentro de los cuales una persona logra organizar éticamente su vida. Él, como ídolo, con sus pretensiones de omnisciencia (todo lo sabe) y de omnipotencia (todo lo puede), como un falso dios que extrae su fuerza de los cautivos que lo tratan como a un santo, ofrece una seguridad insegura a personas inermes, desamparadas, al precio de su libertad.

Fernando Karadima desprestigió mediaciones muy queridas por la Iglesia: devociones sencillas como medallas y rosarios, pero también el sacerdocio y el sacramento

de la confesión. La gente reconoció en la religiosidad que él tan bien gestionaba, esos caminos que la Iglesia ofrece para alcanzar a Dios. Fue fácil confundirse. Por estas vías muchas personas tuvieron, no obstante todo, una auténtica experiencia espiritual, pero otros cayeron en la trampa. Es especialmente triste la corrupción del sacerdocio en que Karadima incurrió. Su empeño consistió en valorar el sacerdocio por sí mismo. El foco de la religiosidad que él representó tuvo que ver con la vocación sacerdotal, con tener o no “zapatitos” para caminar al seminario. Los que los tuvieron, fueron considerados superiores a los demás. Pero un sacerdocio que no media, que no facilita el encuentro amoroso y libre entre las personas y Dios, que por el contrario se erige como un fin en sí mismo, es nocivo.

Jesús de Nazaret, en razón de quien la Iglesia entiende el sacerdocio, sí fue un mediador. Lo fue porque procuró el encuentro libre entre el Creador y sus criaturas. Es cosa de tomar la Biblia y hojear el Nuevo Testamento: Jesús, abierto a la realidad, afectado por el sufrimiento ajeno, es que sana al leproso, da vista al ciego, cura a la mujer hemorroísa, perdona a Zaqueo y exige a cada uno que crean que su Padre los ama. Cuando es necesario dar la última señal del misterio de su vida, para que a todos quede claro que ha venido a servir y no a ser servido, se agacha y lava los pies a sus discípulos. No sacrifica personas a Dios, ubicándose en la cúspide de una pirámide religiosa azteca o lefevrista. Él es quien se sacrifica por los demás.

Para la Iglesia Jesús sí es mediador: hombre entero y Dios por completo, pero como camino de uno a otro. Ya que la unión de Jesús con Dios fue plena, él pudo ser una persona íntegra y la más generosa de todas. Por otra parte, siendo un hombre libre y liberador, pudo revelar al

Dios verdadero. El Dios de Jesús es pura libertad y, por ende, compromiso puro con el prójimo.

Sin embargo, si observamos la relación de Jesús con sus discípulos constatamos una relación riesgosa. Él produce en ellos una atracción tan fuerte que perfectamente, como otros gurús y líderes espirituales, pudo aprovecharse del vínculo para convertirlos en aduladores suyos y hacer con ellos cualquier cosa. No lo hizo. En cambio, influyó en los demás desencadenando en ellos su fe y su libertad. En vez de enredar a los demás consigo mismo, compartió con cualquiera lo más suyo: un Dios que llamó “Padre nuestro”. Jesús no se predicó a sí mismo. Predicó el reino: la prevalencia del servicio sacrificado por el prójimo en el nombre de Dios.

La ascendencia excesiva de una persona sobre otra siempre merece cuidado. Por cierto, no siempre es fácil reconocer a un impostor detrás de uno que nos es presentado como mediador religioso. Todos los sacerdotes, especialmente los más carismáticos, pueden dejar atrapadas personas en su propia persona. Pero también en otros oficios y en cualquier relación humana, cabe la posibilidad del uso y abuso de las máscaras, del rol o de la investidura.

LA PRESENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN LOS MEDIOS

La presencia de la Iglesia en la sociedad de los medios de comunicación se ha vuelto extremadamente compleja. Centrémonos en la legitimidad y la manera en

que esta participación puede realizarse desde el punto de vista de la misma fe cristiana. El otro punto de vista, es el de la sociedad en la que la Iglesia y demás religiones pueden comunicar sus creencias, lo cual es discutido por la filosofía política. No hablaremos de esto.

Esta presencia y participación de la Iglesia en el espacio público tiene al menos dos problemas. Uno, la identificación de la Iglesia con la autoridad eclesiástica, siendo que la Iglesia está constituida por todos los bautizados. Los mismos católicos hablan de “la Iglesia” para referirse exclusivamente al Papa, a los obispos y a los sacerdotes. Este error por restricción acarrea como primera consecuencia que los laicos se van desentendiendo progresivamente de su pertenencia eclesial. Muchas veces dicen no estar de acuerdo con “la Iglesia”, queriendo decir que no están de acuerdo con la autoridad eclesiástica. Por esta vía terminan por auto excluirse de la misma Iglesia. El otro problema es el infantilismo de los mismos bautizados; de todos, del clero y de los laicos. Estos muchas veces no se sienten ni preparados ni autorizados a pensar por sí mismos y discutir con sus autoridades religiosas. El clero, por su parte, suele acudir en socorro de esta impreparación con solicitud, pero también cultivándola. Desde que los laicos, sin embargo, han comenzado a superar la minoría de edad la crisis eclesial se ha agudizado. El mejor curso posible de esta emancipación ha podido ser levantar los laicos la cabeza y pedir razones a la institución, rendición de cuenta, *accountability*. Y, el peor, despedirse con un portazo o profundizando el cisma blanco: las autoridades hacen como que enseñan y los laicos hacen como que aprenden. Por muchas partes se percibe una licuación de la pertenencia religiosa.

Es un hecho que la participación en la Iglesia, y de la Iglesia en el foro público, hace agua. Hablo de la Iglesia con mayúscula, la de todos los bautizados. Al interior de ella misma las comunicaciones son sumamente precarias. Pero si tampoco en público esta participación es bien vista, la situación es muy lamentable. Para el cristianismo no se llega a la verdad más que a través de la libertad y, por vía contraria, la verdad a la que se puede llegar solo puede ser liberadora. Pero no es esta la experiencia hodierna de los cristianos, al menos la de los católicos.

Puesto que anunciar el Evangelio es responsabilidad de todos (*Evangelii gaudium* 111), todos los bautizados han de poder participar en el foro público sin problemas e incluso a veces por obligación. La evangelización es una responsabilidad colectiva, institucional, pero primariamente personal: son personas que han tenido una experiencia personal de Dios quienes comunican a los demás, en privado o en público, qué les ha ocurrido con Él. Esta es la clave de bóveda del asunto que estamos abordando.

Evidentemente a veces pueden surgir conflictos entre la posición particular de algunos católicos y la posición oficial. Laicos y eclesiásticos tendrían que ver cómo las diferencias puedan exponerse con caridad. Pero la autoridad eclesiástica no debiera invocar la analogía de la Iglesia como familia para decir: “la ropa sucia se lava en casa”. La Iglesia no es una familia. Ella aspira tener una buena noticia para todos los ámbitos de la vida humana, los privados y los públicos. La jerarquía eclesiástica no debiera mirar mal que cualquier bautizado, sea sacerdote o laico, anuncie el Evangelio como le parezca y pueda discutir públicamente los modos en que los demás lo hacen. Se dirá que algo así puede generar confusión en quienes no están preparados. Exacto: en la era de la Ilus-

tración la autoridad eclesiástica no puede seguir tratando a los fieles como niños. No hay vuelta atrás. Pero sí es posible quedarse abajo de la historia.

En este sentido ha sido impresionante que el Papa Francisco haya largado a los católicos 39 preguntas sobre la familia, y la vida sexual y afectiva, a través de los medios de comunicación, abriendo así un debate a todos los niveles, incluso sobre algunos temas considerados intocables. Este gesto de apertura del Papa no ha sido suficientemente bien recibido. Las jerarquías eclesiásticas locales no han creado las vías para la discusión abierta de estos asuntos. La jerarquía alemana, por poner un ejemplo contrario, triunfó en el Sínodo porque recogió la opinión de su Iglesia y supo fundamentar con argumentos teológicos el cambio que impulsó. A propósito de otro asunto, no han faltado eclesiásticos que han lamentado que las víctimas de los abusos del clero hayan recurrido a los medios de comunicación pidiendo justicia. Pero si estas víctimas no lo hubieran hecho, no habríamos sabido lo ocurrido. Si estas víctimas no hubieran ventilado su drama en los medios, la autoridad eclesiástica no habría abierto los ojos ni habría comenzado a aprender de sus errores, cosa que sí está haciendo. Si alguna institución quiere elaborar protocolos de cuidado de menores, que acuda a las oficinas o a los colegios de Iglesia. Allí encontrará una opinión experta.

Otra razón teológica que obliga a la Iglesia (a todos los bautizados) a evangelizar y a revisar su evangelización en público, es el mandato del Concilio Vaticano I (1869-1870) de articular fe y razón. El cristianismo no exige fe de carbonero. Es cierto que la fe en el Dios de los cristianos sobrepasa la mente humana; por cierto, no es fácil creer en un mundo tan sufrido que el secreto último de la

realidad es el amor y que este amor triunfará al final de la historia. Pero el cristianismo cree en el Creador de la razón humana con la cual los cristianos tienen que pensar qué significa amar en las circunstancias privadas y públicas de su vida. Los cristianos deben pensar, argumentar y dar razón a los demás de cómo el amor puede ser el primer motivo de la vida en sociedad. Ellos no tienen la receta, sino la obligación de pensar con otros, y aprender de otros, cómo vivir todos juntos. La racionalidad es patrimonio de la humanidad. La fe no la suple ni nadie la posee con exclusividad. La razón opera a través del diálogo interpersonal y socio-cultural y, en el caso de los bautizados, a través de un Magisterio que, para orientar la participación de los cristianos en el mundo de los medios, debiera celebrar que estos lo hagan con plena libertad.

DISYUNTIVA EN EL CRISTIANISMO

Levantemos la mirada.

Se aceleran los cambios. El tiempo devora al espacio. Las mentalidades evolucionan. Las autoridades son cuestionadas. ¿Quién tiene real capacidad de orientar a los demás? Cuando la Tierra era plana y la ciencia no nos prometía descongelarnos en mil años más; cuando las autoridades eclesíásticas cuadraban la pertenencia religiosa con leyes estatales, era más fácil creer en Dios y en su reinado. Hoy triunfa por doquier la libertad. Pero la liberación de toda forma de asociatividad no augura nada bueno, sobre todo cuando comienzan a predominar otras dependencias.

Mi opinión es que la humanidad tendrá que recurrir más que nunca a sus mejores tradiciones, recuperarlas de la tendencia al olvido, aprovechar su vigor, sus sueños de paz y sus ritos de fraternidad. Pensemos en los credos monoteístas y las religiones étnicas, en la cultura griega acogida y transformada por el judaísmo y la cultura romana, por la modernidad... Un futuro borrascoso como el que se atisba, será descifrado por quienes tengan sentido histórico.

Sería lamentable, sin embargo, volver al pasado de un modo tradicionalista. El tradicionalismo y la tradición son antónimos. Será inútil el lloriqueo tradicionalista por los años dorados del pasado. Lo que cuenta es el presente, y las tradiciones que ayuden a interpretar su sentido. Entre Mons. Lefevre y el Concilio Vaticano II no podrá haber un acuerdo jamás, porque el día que sus sucesores, Bernard Fellay y la Fraternidad San Pío X admitan la fe católica tal como el Concilio la formuló, dejarán de ser lo que son.

Pero el lefevrismo es una grado extremo, cismático, de una dificultad detectable entre cualquiera de los cristianos ortodoxos. El cuestionamiento se nos plantea a todos por parejo: ¿podrá el cristianismo traspasar su reserva civilizatoria a las siguientes generaciones? ¿Podrá extraer de su formidable tradición orientaciones que anticipen el triunfo de la historia humana que la Iglesia promete?

En Occidente se diagnostica una crisis en la transmisión de la fe. Hay países como Chile en los que está a punto de descolgarse una generación completa de jóvenes. ¿Volverán a necesitar el cristianismo pueblos que comienzan a considerarse post-cristianos? Pienso que sí, porque Cristo expresa la realidad del ser humano a un nivel irrenunciable. ¿Pero será capaz la Iglesia de trans-

mitir a este Cristo –un Cristo radical- a las nuevas generaciones? ¿Podrán hacerlo las autoridades eclesiásticas, desprestigiadas como están, y el común de los cristianos, laicos faltos de convicción? Enfoquémonos en la labor de la jerarquía.

En el catolicismo, en particular, corresponde a la jerarquía eclesiástica la indispensable tarea del magisterio, esto es, la de actualizar la tradición (*tradere* = entregar) para que esta transmita (*tradere* = entregar) el Evangelio. La transmisión de Cristo no depende solo del esfuerzo evangelizador de la institución eclesiástica pues atañe en primer lugar a todos los bautizados, dotado cada uno del Espíritu Santo para interpretar a Cristo en sus vidas de un modo original e irrepetible. Si a estos el anuncio oficial de Cristo con el paso de los años se les ha vuelto ininteligible, el magisterio tiene que redoblar los esfuerzos por captar en los cristianos el habla actual de Dios. A este efecto, la Biblia, recibida y comunicada por la misma tradición, hace las veces de gramática para reconocer la voz de Dios entre tantas otras voces.

Pero aun así la autoridad eclesiástica no puede pretender agotar las nuevas y múltiples interpretaciones de la tradición. Ella solo puede reclamar una interpretación exclusiva del Evangelio para salvaguardar la unidad de la comunidad cuando esta se encuentra en grave peligro. Es lo que ocurrió con Lefevre. Pero si no es el caso, debe respetar y auspiciar tantas interpretaciones del mismo cuantos cristianos quieran vivir seriamente su fe. Cabe recordar aquí que la primera gran tradición de la Iglesia es el Nuevo Testamento. Ella misma lo escribió. Lo hizo, recuérdese, en cuatro versiones: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. No una, cuatro. Cuatro evangelios, más la interpretación genial de san Pablo y los autores de las otras cartas.

El porvenir inquieta. Vivimos con enormes incertidumbres. Si la tradición cristiana puede aún servir como acervo de humanidad, servirá si logra reconocer la tentación del tradicionalismo que como pájaro asustado vuela hacia pasado. La tarea le corresponde a la autoridad eclesiástica. Y, sobre todo, la labor de fomentar que los cristianos tengan una experiencia personal e irrepetible de Cristo; del Cristo que, por otra parte, conduce invisiblemente la historia a través de las grandes tradiciones religiosas, culturales y filosóficas, y no solo a través del cristianismo.

LA IGLESIA EN CAMINO A LA ADULTEZ

Amoris laetitia es un documento de enorme importancia. Permite mirar más allá del tema de la familia, en el cual se concentra.

Me detengo en un punto. El Papa Francisco con esta exhortación apostólica replantea en cierto sentido las relaciones entre los sacerdotes y los laicos. Hasta ahora estas relaciones han operado en una dirección vertical. Pero, desde que el Concilio Vaticano II subrayó la importancia del bautismo como el factor de unión entre los cristianos, el trato entre ellos ha debido ser más horizontal, más fraternal: los sacerdotes han debido orientar a los fieles en la medida que han estado dispuestos a aprender de ellos, de sus vidas y de su experiencia de Dios. El Vaticano II nos ha recordado que el Evangelio es un testimonio entre personas antes que doctrinas con que adoctrinar. Y, precisamente, lo que falta en la Iglesia

hoy es un clero que anuncie una experiencia personal del Evangelio en vez de recurrir a enunciados teológicos abstractos y a frases comunes. El problema no ha sido la doctrina, sino el modo como se la ha planteado.

El método que el Papa Francisco fijó para la ejecución del Sínodo señala un giro para el futuro de la Iglesia. El procedimiento de elaboración de esta exhortación papal comenzó con 39 preguntas que el Papa entregó al Pueblo de Dios por los medios de comunicación. No fueron preguntas retóricas. Lo principal fue oír lo que el Espíritu ha ido gestando en los católicos en el mundo actual, en esta época y en sus diversas culturas. Así, la autoridad eclesiástica se ha abierto a aprender para enseñar. Los obispos reunidos en el Sínodo han recogido las respuestas a estas preguntas y han procedido a pensar cómo volver a plantear la enseñanza tradicional de la Iglesia en términos actuales.

Esta posibilidad se ha liberado justo allí donde *Amoris laetitia* subraya la importancia de la libertad y del respeto de la conciencia de los fieles. Dice el papa: “Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas” (AL 37). Francisco ha reconocido que es un error que los sacerdotes quieran dirigir la vida de las personas. Ni ellos ni nadie debiera pedir cuenta a los fieles, por ejemplo, del método anticonceptivo que usan las parejas. El celo por la ayuda espiritual a las personas no puede legitimar una falta de respeto a sus conciencias. El Papa lamenta que los confesionarios hayan sido usados como salas de tortura (*sic*). Algo parecido tendrá que ocurrir con los laicos que se encuentran en una situación matrimonial irregular y que desean participar plenamente en la vida de su Iglesia. No serán los sacerdotes los que han de autorizarlos. Estos han de acompañarlos en

un discernimiento que acabará en una decisión en conciencia de los mismos laicos, sea para comulgar, sea para abstenerse de hacerlo.

¿Dónde se formarán los sacerdotes del futuro? ¿Cómo se hace para formar personas capaces de exponerse a las vidas ajenas más desagarradas y ofrecerles, a partir de la propia experiencia, procesada con la enseñanza tradicional de la Iglesia, una palabra nueva, genuina, espiritualmente liberadora, no culpabilizante, una palabra efectivamente orientadora? No se necesitan sacerdotes más divinos, sino que su fe los haga más humanos.

Lo que está en juego en última instancia es la transmisión de la fe. Los jóvenes se han descolgado en una proporción muy alta de una Iglesia que trató a sus padres como niños. Ellos han nacido en una sociedad abierta, no siempre más adulta, inmadura bajo muchos aspectos, pero más respetuosa de la libertad y de las búsquedas personales. No puede decirse que los jóvenes no sean capaces de una experiencia de Dios porque no quieren ser católicos. Ellos piensan que la Iglesia les es inhabitable por razones que no se pueden despreciar.

Las relaciones entre sacerdotes y fieles han sido bastante infantiles. Donde no ha habido suficiente respeto a la libertad y al discernimiento de los laicos, laicos y sacerdotes no han podido crecer en su fe. El modo de elaboración de *Amoris laetitia*, y sus más valiosas conclusiones, auguran el surgimiento de una Iglesia más adulta.

VI

FAMILIA(S) Y SEXUALIDADE(S)

¿PUEDEN COMULGAR LOS POBRES?

ES DURA ESTA PREGUNTA. Lo sé. Dura con los pobres. Les puede ser hiriente. Pero esta pregunta no es contra ellos. Ellos lo saben.

En mi país, Chile, es normal que los pobres vayan formando su familia de a poco. Cuando la vida ha podido sonreírles, llegan a tener su casa propia y, si son católicos, se casan por la Iglesia. No hay nada más maravilloso que un matrimonio religioso celebrado después de haber hecho un largo camino, de sumo esfuerzo, con todo el viento en contra. El mejor de los mundos es haber llegado

a este punto, habiendo educado a sus hijos y tener todavía fuerzas para cargar con los nietos.

La familia popular en un milagro. Se compone de personas que suelen venir de situaciones humanas muy precarias que salen adelante superando grandes adversidades y, como si fuera poco, soportan el desprecio de ser pobres. ¡La sociedad los mira con desconfianza y los culpa de su miseria! No viven como debieran.

Ella ya tenía un niño. Se embarazó a los quince. Él tuvo también un hijo por otro lado. Se enamoraron y se fueron a vivir juntos a una pieza que pudieron arrendar. Pero a pocos meses, la vida allí se les hizo imposible. El niño lloraba. El baño no alcanzaba para todos. En el refrigerador tenían reservado un espacio mínimo para la mamadera y nada más. Se corrió la voz de una toma de terrenos. Un partido político les ofreció un cupo. Decidieron correr el riesgo, porque era peligroso intentarlo. En el campamento nació un tercer niño. Este de ambos. Juntos los cuatro aguantaron la falta de agua, la mugre, las idas al hospital, el mal ambiente... Gracias a los dirigentes y las asambleas lucharon por una casa y la consiguieron. Nunca se les pasó por la mente casarse por la Iglesia. Por el civil, sí. Pero no quisieron hacerlo hasta no poder ofrecer una fiesta en el lugar donde vivirían para siempre. En el intertanto, ella se las arregló para dejar los niños con un vecina y así poder emplearse en una casa particular. Cuidó con esmero otros niños. Él, obrero de la construcción, fue bien busquilla. Rara vez le faltó el trabajo. Pero para llegar a la faena muchas veces lo hizo en una combinación de dos buses, viaje que en total le tomaba una hora y media, o dos horas.

¿Qué religiosidad es posible en estas condiciones de vida? Una muy profunda. La conozco. No es el caso

hablar de ello. Tendría que alargarme. Solo quiero hacer saber que las comunidades cristianas populares se componen de personas como estas. Son ellas mismas las que consiguieron un terreno para la capilla, la construyeron y riegan el jardín. Estas mismas personas se encargan de las catequesis de sus hijos. En estas comunidades, en la misa dominical, al momento de comulgar a nadie se le niega nada.

Si los pobres no pudieran comulgar, la Iglesia no sería la Iglesia.

UN SÍNODO ÚNICO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Los sínodos, como el de la familia que acaba de concluir, tienen por objeto ayudar al Papa en su labor magisterial. Aconsejan al Papa, pero sus conclusiones no obligan a los católicos. La Iglesia, en estos momentos, está a la espera de una Exhortación apostólica que Francisco ha de promulgar en base a los resultados del Sínodo de octubre.

¿Cuáles son estos resultados? No se puede pasar por alto la excepcionalidad del método utilizado para recabar la información y la opinión del Pueblo de Dios. El Papa lanzó 39 preguntas a los católicos sobre temas claves de su vida a través de los medios de comunicación. Muchos obispos han podido sentirse descolocados. ¿Cómo empezar en las iglesias locales un proceso de conversación, de discusión y de discernimiento sobre temas delicados, algunos de ellos tradicionalmente intocables? Nada de eso fue fácil. No había experiencia de una consulta de

esta naturaleza. Ha sido extraordinario que el Papa haya recurrido al *sensus fidei fidelium*, esto es, a la captación de la acción del Espíritu en todos los bautizados, para hacerse una idea de cómo orientarlos mejor.

La implementación de este método teológico en materia de familia, matrimonio y sexualidad ha tenido una particular importancia. Normalmente la moral sexual católica ha sido formulada por célibes. Francisco ha querido dar la palabra a aquellos que más saben del tema. Si bien en el Sínodo ningún laico participó en las votaciones, los obispos tuvieron que escuchar primero al Pueblo de Dios. En todo caso, ha quedado pendiente que en un próximo Sínodo sobre un tema como éste, e incluso sobre cualquier tema, puedan votar las mujeres.

Los resultados del Sínodo que tienen que ver directamente con el tema, son los siguientes. En primer lugar, se observa un cierto giro en el enfoque de la moral familiar y sexual católica. Se nota una mayor preocupación por abordar las diversas situaciones en una óptica más pastoral que doctrinal. Por una parte, las conclusiones aprobadas acusan una comprensión más histórica de la vida humana. El documento no lo dice así, pero subyace en él la idea de una separabilidad entre Evangelio y doctrina. Solo el Evangelio puede animar una vida familiar más humana y feliz. El Evangelio es siempre una buena noticia personal, es decir, siempre toca a personas concretas. La doctrina es necesaria, en cambio, a modo de orientación general. Si en un número muy significativo de casos no orienta, ha de formularse de otra manera la enseñanza. Lo fundamental es atinar con lo que Dios dice a las personas en las circunstancias irrepetibles de sus vidas.

En segundo lugar, el Sínodo avanzó en la resolución de algunos temas puntuales. El tema más complejo fue el

de dar o no la comunión a los divorciados vueltos a casar. El ala conservadora de obispos, minoritaria pero muy influyente, ha sostenido que la Iglesia no puede cambiar la doctrina tradicional, la cual remontaría al mismo Jesús. El ala progresista, en cambio, ha hecho ver el sufrimiento enorme que la exclusión de la comunión significa para muchos católicos. El documento final abre las puertas. Propone como criterio regulador la “lógica de la integración”. No todas las personas que se encuentren en esta situación pueden seguir siendo consideradas adúlteras. El Sínodo plantea distinguir situaciones de modo que se dé mayor inclusión a las personas divorciadas vueltas a casar en la eucaristía, no excluyéndose la posibilidad de que comulguen. Lo fundamental es que ellas tengan una “experiencia gozosa y fecunda” de su participación en la Iglesia. Esta posibilidad que abre el documento no debe ejecutarse indiscriminadamente. El Sínodo recomienda que haya un sacerdote que acompañe a las personas en un proceso de discernimiento. Esperamos que, por esta vía, la gente no solo pueda comulgar, sino que reciba de su Iglesia un trato responsable y cariñoso.

Otro tema concreto que esperaba ser resuelto, era el del tipo de contracepción como medio para ejercer la paternidad responsable. Toda la información recabada en los distintos momentos del proceso sinodal, indicaban que la inmensa mayoría del Pueblo de Dios no practica la doctrina de la encíclica *Humanae vitae* (1968). Pero el problema no ha sido que muchos no la conozcan, lo que después de casi medio siglo de su promulgación es posible, sino que a los católicos en casi cincuenta años les ha parecido impracticable. El documento del Sínodo no ha derogado la prohibición de recurrir a medios artificiales de control de natalidad, pero ha abierto ampliamente a las parejas la posibilidad de discernir en conciencia qué es lo que deben hacer.

También se infiere del documento una mirada comprensiva hacia las relaciones sexuales prematrimoniales o extramatrimoniales, por cuanto en cualquier situación humana en la que haya un mínimo de seriedad puede crecer un compromiso definitivo con la otra persona. El documento no condena. En cambio, pide una mirada pastoral constructiva al momento de abordar estos temas.

Un tercer gran resultado del Sínodo es la constatación que el mismo Papa hace en su clausura de la diversidad de situaciones en que se encuentra la familia en las distintas partes del mundo. Esta constatación pone un signo de interrogación sobre la posibilidad de una moral familiar y sexual igualmente válida en todo el orbe. No fue posible, por ejemplo, acoger la petición de iglesias progresistas de reconocer validez a las uniones homosexuales. Se sabe que la Iglesia africana era muy contraria.

En suma, el Sínodo ha sido un caso absolutamente único en la historia de la Iglesia. Sin duda será estudiado a futuro, tanto por el modo más democrático de formulación de la enseñanza de la Iglesia como también por aquello que Francisco tome o no de él. Gran consenso ha habido en la Iglesia en que, de los cambios que se hagan, depende en buena medida la difícil transmisión de la fe.

HACIA UN CONCEPTO TEOLÓGICO DE LA HOMOSEXUALIDAD

El tema de la homosexualidad en América Latina es nuevo. Tiene una década, a lo más dos. Pero la realidad es antigua, talvez tanto, talvez no, como su censura. La

censura religiosa ha sido cruel a su propósito. Por esto la mera frase del Papa Francisco “quién soy yo para juzgar a un gay” ha sido liberadora.

Por cierto, el levantamiento del tema en algunos países ha sido incómodo para las generaciones mayores. También en otras partes del mundo hay inquietud. En algunas iglesias protestantes se ha aceptado que ministros del culto tengan una pareja homosexual. Pero en otras ha habido reacciones furiosas al respecto, y en contra de la posibilidad de legalización de uniones y matrimonios homosexuales. En el campo católico se experimentan las mismas tensiones. Las iglesias de los países desarrollados esperaban que en el Sínodo sobre la Familia se diera algún tipo de reconocimiento a las parejas homosexuales. Pero las iglesias de África, según se dice, no quisieron oír hablar del tema. En *Amoris laetitia* el Papa Francisco parece recoger esta posición. El Catecismo de la Iglesia Católica, por su parte, frena en seco esta posibilidad. No considera que la homosexualidad sea una perversión, pero la trata como una inclinación “objetivamente desordenada” (Catecismo 2357). Y no deja a las personas homosexuales otra alternativa que vivir su condición con resignación religiosa. *Amoris laetitia*, por otra parte, es más dulce que el Catecismo. Francisco pide no equiparar las uniones homosexuales a los matrimonios. Pero, además, se refiere a la realidad de las personas homosexuales con una empatía fuera de lo común. Bien vale citarlo:

La Iglesia hace suyo el comportamiento del Señor Jesús que en un amor ilimitado se ofrece a todas las personas sin excepción. Con los Padres sinodales, he tomado en consideración la situación de las familias que viven la experiencia de tener en su seno a per-

sonas con tendencias homosexuales, una experiencia nada fácil ni para los padres ni para sus hijos. Por eso, deseamos ante todo reiterar que toda persona, independientemente de su tendencia sexual, ha de ser respetada en su dignidad y acogida con respeto, procurando evitar todo signo de discriminación injusta, y particularmente cualquier forma de agresión y violencia. Por lo que se refiere a las familias, se trata por su parte de asegurar un respetuoso acompañamiento, con el fin de que aquellos que manifiestan una tendencia homosexual puedan contar con la ayuda necesaria para comprender y realizar plenamente la voluntad de Dios en su vida.

Me permito aquí una reflexión teológica, pues hemos de desmontar un maltrato antiguo e injusto que tiene un aspecto religioso. La teología, a propósito del tema de la homosexualidad, tiene que ofrecer argumentaciones que actualicen del modo más humanizador posible la revelación de Dios ocurrida en Cristo, el paradigma de humanidad de los cristianos (*Gaudium et spes* 22). ¿Qué dice la teología de las personas homosexuales mismas, independientemente de sus actos? ¿Qué son? ¿Las pensó Dios así?

Se hace necesario, pues, relacionar las argumentaciones magisteriales sobre la revelación, que se han desarrollado durante dos mil años, con las argumentaciones científicas contemporáneas, pues en los dos tipos de argumentación hay razones y hay convicciones que, en tanto correctas, la Iglesia debe considerar que vienen de Dios mismo. La Iglesia, por creer en el Creador de la humanidad, está obligada a hacer suyas la ciencia y las

convicciones éticas de la cultura en la que ella cumple su misión, cuando se puede comprobar que estos logros hacen más feliz la vida humana. Si Dios no quiere otra cosa que el triunfo de la humanidad sobre sí misma, sería absurdo que la Iglesia se opusiera a su voluntad.

El caso es que las ciencias arrojan resultados importantes. Hoy se nos dice que la homosexualidad no es una perversión. Nadie elige ser homosexual. Se llega a serlo por razones biológicas (carga genética) y/o por razones biográficas (la historia personal). La homosexualidad es una realidad pre-moral. Se es libre en cuanto al modo de vivir la homosexualidad, pero no en cuanto a serlo o no. Otro resultado científico importante es que, según lo sostiene la Organización Mundial de la Salud (1990), no se trataría tampoco de una patología, sino de una variante de la sexualidad humana. Por de pronto, los esfuerzos médicos por sanarla han sido funestos.

Dicho en términos duros: si los homosexuales son inocentes de su condición, esta es un “pecado” de Dios. Dicho en términos delicados: Dios es el responsable de la sexualidad humana en todas sus versiones y, si nos cuesta entender cómo, debemos esforzarnos otra vez por entrar en el misterio del amor de Dios. La homosexualidad es obra de Dios. No es creación humana. Las personas homosexuales son criaturas de Dios, de su amor y, por tanto, lo único que pudiera frustrar su existencia es que no amen a su prójimo como Dios las ama a ellas. La persona homosexual es un “don” de Dios para ella misma, pero también un “don” para los demás, ya que es inherente al don donarse y no restarse egoístamente a los otros.

Desembocamos así en dos preguntas: ¿qué debe hacer una persona homosexual para amarse a sí misma como Dios la ama? Este es todo un programa de vida.

Lo es también, y con igual importancia, para las personas heterosexuales. Segunda pregunta: ¿cómo una persona homosexual puede ser un don para los demás? Este es el punto teológicamente más difícil. Un amigo homosexual me dice: “¿Cómo Dios ha podido darle a las personas homosexuales la condición, pero negarles su ejercicio?”. La pregunta es difícil porque la misma Iglesia sabe y enseña que lo único que realmente arruina a las personas es el egoísmo y la indiferencia ante el sufrimiento del prójimo.

CRITERIOS PARA LEER *AMORIS LAETITIA*

Amoris laetitia (AL) es un texto que, como todo texto, debe ser interpretado. En este caso debe serlo, además, porque en asuntos muy importantes el documento deja las cosas en cierta penumbra.

Para su interpretación tengo en cuenta, en primer lugar, la necesidad de renovación de la enseñanza de la Iglesia. Y segundo, ofrezco algunos criterios que favorecerán un lectura innovadora de la exhortación papal extraídos de su mismo texto.

Novedad de *Amoris Laetitia*

La pregunta por la novedad de *Amoris laetitia* me parece ser un punto de observación y de juicio necesario. Me interesa que la enseñanza de la Iglesia sobre moral sexual, matrimonial y familiar sea renovada. No soy neutral, tomo

postura. La tradición de la Iglesia siempre ha requerido una actualización que permita su comprensión en épocas y culturas cambiantes. El Papa ve necesaria una inculcación del Evangelio. Las iglesias locales dispersas en el mundo debieran traducir el Evangelio en sus propias categorías culturales. Francisco, a este propósito, hace una petición bien concreta: “Serán las distintas comunidades quienes deberán elaborar propuestas más prácticas y eficaces, que tengan en cuenta tanto las enseñanzas de la Iglesia como las necesidades y los desafíos locales” (AL 199).

Es necesario leer esta exhortación apostólica fijándose en qué consiste su innovación pues en la actualidad el foso que se ha creado entre la institución eclesial y el común de los bautizados es de tal magnitud, sobre todo en este ámbito de la vida humana, que si no es superado, el Evangelio no pasará a las siguientes generaciones. Esto me hace presuponer que el Papa ha querido recordar la enseñanza tradicional en términos que todos puedan comprenderla y vivirla. Hoy el discurso afectivo, sexual, matrimonial y familiar de la autoridad eclesial a los jóvenes les resulta ininteligible. A los adultos, en varios puntos, les parece impracticable. Urge anunciar de nuevo el Evangelio con toda su radicalidad, pero también con toda su sensatez.

Criterios de interpretación de la Exhortación apostólica

Un primer criterio: *Amoris laetitia* es una formidable apelación evangélica. Al Papa le interesan todas las personas, no importa la situación en que se encuentren (Cf AL 78).

Francisco se dirige a los lectores como si el Evangelio de Jesús fuera lo único decisivo (Cf AL 38). La doctrina, las costumbres, la institución eclesiástica, todo parece quedar entre paréntesis ante la imperiosa necesidad de anunciar a las personas y familias concretas una palabra orientadora y alentadora. El Evangelio de la familia ha de ser motivo de alegría (*laetitia*). La misericordia de Jesús con las víctimas de los fariseos que oprimían a la gente con su casuística moralizante, debiera regir la pastoral de la Iglesia. La gratuidad de la misericordia de Dios con el ser humano se manifestó, en última instancia, en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo, para sanar el vicio de ganarse a Dios con cumplimientos religiosos.

En dependencia de este criterio, otro muy novedoso es el viraje en el acento de la enseñanza de la Iglesia. Hasta ahora el énfasis de la jerarquía eclesiástica en el planteamiento de la moral sexual y familiar había sido puesto en el “ideal”, entendido este como lo doctrinal. Desde ahora habrá que concentrarse en la “realidad” de lo que viven los católicos. Se mantiene alto el ideal pero, en una perspectiva pastoral, la doctrina ocupa un lugar secundario. Las personas con su realidad a cuestas es lo principal. Dice el Papa: “Doy gracias a Dios porque muchas familias, que están lejos de considerarse perfectas, viven en el amor, realizan su vocación y siguen adelante, aunque caigan muchas veces a lo largo del camino. A partir de las reflexiones sinodales no queda un estereotipo de la familia ideal, sino un interpelante ‘collage’ formado por tantas realidades diferentes, colmadas de gozos, dramas y sueños. Las realidades que nos preocupan son desafíos” (AL 57). Cabe aquí decir que este desplazamiento en el énfasis de la enseñanza eclesial radica en una especie de conversión de la jerarquía. Lo dice Francisco en estos

términos: “Al mismo tiempo tenemos que ser humildes y realistas, para reconocer que a veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas, y la forma de tratar a las personas, han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos, por lo cual nos corresponde una saludable reacción de autocrítica” (AL 36).

Un tercer criterio es el debido respeto a la adultez de los católicos. El documento confía que las personas pueden discernir y tomar decisiones en libertad, siguiendo sus conciencias. También a este respecto Francisco hace un *mea culpa*: “Nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas” (AL 37). Los sacerdotes no deben decidir por los católicos. A ellos corresponde acompañar a las personas, ayudarles a objetivar su situación, educarlos acerca de la enseñanza de la iglesia, consolarlos y animarlos, pero no dirigirles la vida (AL 200). El mandato de acompañamiento atraviesa todo el documento. El fundamento de este criterio pastoral es cristológico. Dice el Papa: “el Señor nos acompaña hoy en nuestro interés por vivir y transmitir el Evangelio de la familia” (AL 60). El acompañamiento es necesario porque la vida se hace de a poco, gradualmente (AL 273 y 295); porque el amor crece, se desarrolla, pero también mengua; las personas fracasan, maduran lentamente, aprenden a veces, a veces no. Mientras no se llegue al reino de los cielos nadie puede decir que su familia es perfecta.

Un último criterio llamémoslo “opción por los pobres”. Claramente al Papa opta por las personas que no

tienen familia, las familias en las que reina la violencia, los que son malmirados a causa de su familia; Francisco sufre con los matrimonios fracasados y con los divorciados vueltos a casar que no pueden comulgar. El Evangelio es perdón y liberación para pobres y pecadores. La realidad familiar en su conjunto debe ser vista a partir de la realidad de los frágiles, de los excluidos, de los hijos de padres separados, de los huérfanos, de las adolescentes embarazadas, de los que viven en la miseria, de las personas homosexuales, de los inmigrantes, de los que no han podido contraer matrimonio por falta de recursos, de las personas con capacidades diferentes, de los ancianos e incluso por quienes con culpa destruyeron su propio matrimonio.

En suma, el contexto exige leer el documento en clave de la novedad que puede aportar. En esta óptica, los cuatro criterios: un retorno a la misericordiosa de Jesús, un giro del “ideal” a la “realidad”, un respeto a la adultez de los católicos y una “opción por los pobres”, ayudan a descubrir los pasos adelante que se quieren dar.

¿QUÉ PUEDEN HACER LOS DIVORCIADOS PARA COMULGAR EN MISA?

El Papa Francisco, en base al informe final del Sínodo aprobado por los obispos (2015), ha reconocido la posibilidad de que comulguen en misa los divorciados vueltos a casar, las personas que convivan establemente y las que se encuentren en situaciones semejantes. Esta posibilidad, por cierto, siempre ha existido para quienes simplemente se han separado o divorciado y no han contraído una

nueva unión; y, de antiguo, para quienes manteniendo una convivencia seria, se abstienen de la intimidad sexual (San Juan Pablo II en *Familiaris consortio*).

En *Amoris laetitia* el Papa, sin cambiar la doctrina tradicional sobre la unidad y la indisolubilidad del matrimonio sacramental, introduce un cambio en la disciplina de acceso a la comunión eucarística. No añade excepciones, como la mencionada sobre la abstención de relaciones sexuales. En cambio, establece orientaciones generales que debieran aplicarse a todo tipo de casos y ofrece algunos criterios que han de ser considerados.

Las orientaciones generales son tres: voluntad de integración de todos, necesidad de un acompañamiento y discernimiento en conciencia. Este último puede parecer novedoso, pero pertenece a la más auténtica y antigua tradición de la Iglesia. El Evangelio de Jesús es una apelación al corazón de las personas que solo puede ser acogido libremente, sin coacción, sin miedo. En *Amoris laetitia* el Papa ha subrayado la importancia del debido respeto a los laicos que deben tomar las decisiones que atañen a sus vidas con recta conciencia; es decir, en última instancia, solos delante de Dios (AL 42, 222, 264, 298, 302, 303). Lo hace incluso a modo de autocrítica: "... nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas" (AL 37). Por otra parte, estas personas deben saber que nadie puede acusarlas de estar en pecado mortal y, por el contrario, deben creer que la gracia de Dios nunca les faltará para crecer en humanidad (291, 297, 300 y 305); y que pueden

contar siempre con el amor incondicional de Dios (AL 108 y 311).

Antes de esto, sin embargo, el Papa pide a los católicos que se encuentran en estas situaciones llamadas irregulares que tengan un acompañamiento pastoral. Lo hace en estos términos: “Invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus *pastores* o con *laicos* que viven entregados al Señor. No siempre encontrarán en ellos una confirmación de sus propias ideas o deseos, pero seguramente recibirán una luz que les permita comprender mejor lo que les sucede y podrán descubrir un camino de maduración personal” (AL 312)¹.

La voluntad de Francisco es integrar a todos (AL 297). Ha de verse cómo y, por cierto, no puede hacerse de un modo irresponsable. Esta integración, pensamos, solo tiene sentido cuando las mismas personas quieren integrarse lo más posible a la vida eclesial, y no recuperar simplemente la comunión como un derecho perdido.

El Papa ofrece una serie de criterios para que estas personas puedan ir reintegrándose lo más posible a la vida eclesial. Estos criterios aparecen algo desperdigados en el capítulo octavo. Aquí los desplegamos y también recogemos lo que en ellos pudiera quedar implícito. Probablemente no son los únicos, pero son los principales. En cualquiera de los casos debe considerarse:

- El grado de consolidación (AL 298) y estabilidad de la nueva relación (AL 293).
- La profundidad del afecto (AL 293).

¹ El destacado con letra itálica es mío.

- La voluntad y prueba de fidelidad (298).
- La intención y prueba de un compromiso cristiano (AL 298).
- La responsabilidad con los hijos del primer matrimonio (AL 293, 298 y 300).
- El sufrimiento y confusión que ha podido causar a los hijos el fracaso del primer matrimonio (AL 298).
- La responsabilidad con los hijos del nuevo vínculo afectivo (AL 293).
- La situación del cónyuge cuando ha sido abandonado (AL 300).
- Las consecuencias que tiene la nueva relación para el resto de la familia y la comunidad eclesial (AL 300).
- El ejemplo que se da a los jóvenes que se preparan al matrimonio (AL 300).
- La capacidad para superar las pruebas (AL 293).

Será especialmente importante:

- Un reconocimiento de la irregularidad de la nueva situación (AL 298).
- Una convicción seria sobre la irreversibilidad de la nueva situación (AL 298).
- Un reconocimiento de culpabilidad –si la ha habido– en el fracaso del primer matrimonio (AL 300).
- Un conocimiento de la seriedad de los compromisos de unidad y fidelidad del primer matrimonio, y de las exigencias de verdad y de caridad de la Iglesia (AL 300).

Es necesario recordar que el texto citado más arriba señala que el acompañamiento requerido también puede realizarlo una persona laica entregada al Señor. Esto

facilitará la ayuda en este discernimiento a quienes han tenido una experiencia traumática con algún sacerdote durante la celebración del sacramento de la reconciliación o a quienes estiman que el presbítero disponible no es quien mejor puede acompañar.

Esta posibilidad pastoral que *Amoris laetitia* reconoce a quienes actualmente no pueden comulgar en misa debe entenderse como el reverso del deseo de la misma Iglesia de comulgar con ellos. La Iglesia acepta que comulguen porque ella quiere, y necesita, comulgar con ellos, con sus sufrimientos, con sus esfuerzos por salir adelante, con sus aprendizajes dolorosos y con su crecimiento espiritual. Este es el tono general de la exhortación del Papa Francisco. Por nuestra parte podemos agregar que si la jerarquía eclesial, los matrimonios y las familias bien constituidas no tuvieran nada que aprender de los divorciados unidos en nuevos vínculos y de sus segundas familias; si se descartara que ellos, precisamente en circunstancias de vida turbulentas, han podido tener una experiencia espiritual que puede inspiradora para los demás cristianos, a la comunión eucarística le estaría faltando algo fundamental.

VII

UN PAPA QUE HACE LÍO

¿HEREJE EL PAPA?

FRANCISCO PAPA fue a arreglar sus anteojos a una óptica común y corriente. ¿Hereje el Papa?

Poco tiene que ver una cosa otra. La herejía es una doctrina contraria a la fe de la Iglesia, y hereje la persona que la sostiene. No hay dogma alguno de la Iglesia que afirme que un papa no puede comprar anteojos como lo hace cualquier mortal.

Sin embargo, este episodio causa extrañeza porque las personas tienen una idea algo herética acerca de lo que un papa puede y no puede. Francisco sabía lo que hacía.

Él ha sido perfectamente consciente de que su gesto es teológicamente provocador. No se ha tratado de una extravagancia, aunque alguno lo piense. Aun en el caso que el acto parezca exagerado, hemos de sospechar que tiene un filo pastoral. Francisco ha comprado unos lentes en una tienda romana en cuanto papa. Si se lo aplaude o se lo repudia, se lo hace por ser el papa.

Pues bien, a estas alturas muchos difidentes del Papa Francisco piensan que a la base de estos "numeritos" -estas faltas al decoro correspondiente a su investidura-, tienen una raíz heterodoxa. Pero juzgar la ortodoxia de un cristiano, más aún la de un papa, es muy riesgoso. El Papa "hereje" puede ser ortodoxo y sus acusadores, por el contrario, herejes.

En el acto de ir Francisco a una óptica, en vez de pedirles a los oftalmólogos que se trasladen al Vaticano, hay un símbolo potente del significado del cristianismo.

Remontando río arriba en la historia de la Iglesia, descubrimos que la clave de interpretación de los actos de los papas y de cada uno de los cristianos es el dogma de la Encarnación. De los primeros concilios extraemos una conclusión contundente: la unión en Cristo de Dios y del hombre no cuajó en un ser más divino que humano, sino en uno profundamente humano; uno cuya unión indisoluble con su Padre hizo de él el mejor representante de la humanidad. Jesús no fue un superhombre o un semidiós como creyó el hereje Arrio (Concilio de Nicea, año 325).

Pero hay más. Si la Iglesia piensa que el Verbo se hizo hombre, San Pablo subraya que "se hizo pobre" (1 Cor 8, 9). Su manera de ser el más perfecto de los hombres fue su humildad y su opción por los pobres y alejados, como claramente enseñan los evangelios. De aquí que el gesto del Papa de arreglarse los anteojos en una

óptica cualquiera está en línea con la fe de la Iglesia. Esta salida del Papa no debiera extrañar a un cristiano.

Sí debiera extrañarle una Iglesia rica, ceremoniosa, que marca a cada rato la diferencia entre lo sagrado y lo profano, y entre el clero y los laicos, porque una Iglesia así no es la del carpintero de Nazaret. Los innumerables gestos de Francisco son completamente conformes a la fe cristiana. De los cristianos no debieran sacar sino aplausos e imitaciones.

LA PRIMAVERA ECLESIAL DE *EVANGELII GAUDIUM*

Tras una primera lectura de la Exhortación Apostólica del Papa Francisco, comparto algunas impresiones. Son impresiones. No ofrezco un resumen. Se trata de las resonancias que causan en mí algunos asuntos centrales del documento. Ecos que a mí y a mi modo me hacen pensar. El ámbito de libertad creado en esta *Primavera eclesial*² hace posible compartir ideas e impresiones sin temor a equivocarse. Hay aire para la espontaneidad.

- El Papa Francisco pone a la Iglesia “en salida”. ¿A qué se refiere esta expresión? Le exige una conversión personal y una revisión estructural, en vista de

² Se ha llamado Invierno eclesial al período que, tras el entusiasmo que despertó el Vaticano II y los años de creatividad que este Concilio impulsó, se caracterizó por el miedo y los intentos por volver atrás.

la misión de anunciar el Evangelio. La misión cobra una importancia decisiva. De la “salida” depende el futuro. Se trata de llegar a todos. No hay, sin embargo, señas de ajustes doctrinales. ¿Son estos necesarios para cumplir la misión? No se abordan a fondo los temas ruidosos. Tal vez no sea el momento de echarles de menos. Ya volverán...

- A la vez, la Iglesia “en salida” es la que se abre sin miedo a todos sin excepción. La apertura es la condición de la salida; el modo de llegar a todos, es procurando que en la Iglesia cualquiera encuentre un lugar. En ella cada cual debiera sentirse en su casa. Aquí y allá el Papa lamenta una Iglesia encerrada, vuelta sobre sí misma, poseedora absoluta de la verdad. Francisco parece pensar que se llega a todos cuando se recibe a todos. El planteamiento es más pastoral que doctrinal.
- El Papa transmite una convicción: el Evangelio experimentado personalmente es causa de un gozo que debiera impulsar su anuncio. La Exhortación resume alegría, deseos de ser cristianos... En una palabra: entusiasmo. Queda atrás, y a veces se critica, un estilo de ser Iglesia temeroso, funcionario, falto de fe. Francisco critica el clericalismo. Sacude al predicador flojo, que se extiende en el púlpito como si tuviera algo que decir y que ya nadie soporta. Le da consejos de homilética. Ataca el pragmatismo eclesiástico que ha terminado por espantar a tanta gente. Todo depende, en última instancia, de una experiencia de encuentro con Cristo. Cristo es el Evangelio. Un Evangelio que debiera impactar todos los ámbitos de la vida personal y social, y transformarlos.

- De principio a fin los pobres son los principales protagonistas del Evangelio y de la Iglesia. Esto es, al menos, lo que Francisco desea. Una “Iglesia pobre y para los pobres”. Ellos tienen un conocimiento de Dios que debiera incidir en la Iglesia en su conjunto. La opción de Dios por los pobres, y la correspondiente opción de los cristianos por ellos, es ratificada innumerables veces. Se presagia un cristianismo al revés de lo que normalmente aparece como tal. ¿Será posible algún día? Tal vez alguna vez la organización eclesial, la moral, la liturgia y el derecho canónico arraiguen en la experiencia espiritual de los pobres. Esta es ya opinión mía. La Exhortación no va tan lejos.
- La Iglesia debe llegar a los más diversos pobres, y en particular al pobre en cuanto pueblo. Es esta una convicción propia del mejor catolicismo social argentino. Bergoglio depende y es testigo del amor del sacerdote por la gente de los barrios de la periferia del Gran Buenos Aires. El evangelizador debiera ser alguien que comparta la vida de las personas comunes y corrientes; uno que se considere a sí mismo parte de un mundo de personas que tienen sueños comunes y luchan sufriendamente por alcanzarlos. La noción de pueblo resuena de distintas maneras en América Latina. En otros catolicismos del mundo el término probablemente no dirá nada. Como nos ha sucedido tantas veces a los sudamericanos, cuando los pontífices europeos nos hablan de crisis que no son nuestras crisis.
- Llama mucho la atención que el Papa cite a las conferencias episcopales de todas las partes del mundo. Tal vez esta sea la novedad mayor del documento.

El Papa no se cita a él mismo nunca, como ocurría en los discursos del *Invierno eclesial*. Da la palabra a los católicos de todos los continentes. ¡Los toma en cuenta! Desea descentralizar el gobierno de la Iglesia. Abre la posibilidad del catolicismo policéntrico deseado por las iglesias no-europeas, augurado y auspiciado por Karl Rahner. ¿Llegará a ser la Iglesia, por fin, culturalmente universal? ¿Vendrán los cambios estructurales que harán posible este desplazamiento? Los latinoamericanos los queremos. Tal vez mucho más los asiáticos, los africanos y los nativos de Oceanía.

- La necesidad de la Iglesia hoy es enorme. Los pobres más que nadie necesitan que, en un contexto de individualismo egoísta y estructurado económicamente, la Iglesia se ponga de su parte. No pueden seguir siendo excluidos. El destino universal de los bienes y la búsqueda del bien común, debieran a ser los grandes principios organizadores de la sociedad. De esto depende el efectivo respecto de la dignidad de todos. Por cierto, Francisco anima a los católicos a reconocer que en la actualidad la Iglesia es solidaria. Lo es de tantas maneras. Pero pide más. Exhorta a descubrir en el cristianismo una religión esencialmente fraternal. En este contexto la Iglesia debiera aportar estilos de vida comunitarios.
- Francisco habla claro, es directo, hasta confrontacional. No quiere herir a nadie. Pero no tiene tiempo que perder. Dice lo suyo. Lo dice sin ánimo de ser infalible. El asunto no es primariamente la verdad, sino la realidad del prójimo, comenzando por los últimos. Por lo mismo, como ya venimos viendo desde hace un tiempo, él mismo se expone a la opinión de

los demás. Pareciera no temer la crítica. Cree en el diálogo. Si alguien lo rebatiera no cometería pecado. Encontraría, en cambio, a alguien que le interesa la verdad de veras.

- Cambió el interlocutor. El Papa Francisco no habla al filósofo, al agnóstico, al católico ilustrado, al obispo que tiene que controlar a su grey con la teología. El nuevo interlocutor es el evangelizador, los intelectuales “de a pie”, la gente común y corriente, el sacerdote desencantado o en crisis que necesitaba que alguien creyera en él y le sacara trote.

Estas son mis impresiones. Son estrictamente personales. Son algunas. Basta por ahora. No se puede dar fácilmente razón de un texto tan rico.

LAUDATO SI', UNA ENCÍCLICA ESTREMECEDORA

Al papa “franciscano” le faltaba una encíclica sobre la creación. Hasta ahora para todos ha sido patente su “opción por los pobres”. El pobre de Asís estará feliz con que el papa Francisco no solo se haga cargo del tema ecológico, sino que, además, lo vincule con el de la pobreza. *Laudato si'* es una encíclica impresionante. Se ocupa del medioambiente con una mirada integral, vinculando estrechamente lo ecológico y lo social, con el objeto de estremecer las conciencias de una humanidad que se salvará junta o junta acabará en un tarro basurero. El Papa hace un llamado a volver a amar nuestra Tierra, pues su

estado es dramático. Lo hace con un lenguaje sencillo, suave en general, pero a veces duro y directo.

La encíclica abunda en describir los males que aquejan a la naturaleza y a las personas en ella. Estos son innumerables: deterioro del aire y de las aguas, deforestación, basura y contaminación en los mares, suciedad, aniquilación de especies vegetales y animales, y miseria humana por doquier. Al mismo tiempo, se evoca en la encíclica la belleza del mundo que hemos heredado y que hemos dejar en herencia a las futuras generaciones.

El Papa no ahorra palabras para denunciar a los culpables de la catástrofe socio-ambiental. En términos generales nuestra cultura consumista hace que prácticamente todos usemos y tiremos las sobras sin la más mínima responsabilidad con la naturaleza o el prójimo actual o futuro. Pero Francisco dirige los cañones contra los grandes poderes económicos y políticos, y la tecnocracia de que se sirven, para obtener las máximas ganancias con los menores costos posibles. Estos mismos poderes, sean corporaciones o países, son quienes le bajan el perfil al peligro del caos ecológico o esperan que algún día la ciencia y la economía encuentren la solución que siempre dicen se ha encontrado para que el progreso continúe. Es una misma la lógica explotadora que ha generado el daño ecológico y la pobreza. El Papa cuestiona radicalmente la idea predominante de progreso. Interroga a fondo la cultura moderna que ha despejado la cancha para intervenir la creación sin escrúpulos y la cultura posmoderna individualista y egoísta.

La encíclica ofrece una visión teológica del mundo. Dios creador hace de principio de unidad y de solidaridad de toda la realidad, del tiempo y del espacio, de lo grande y de lo pequeño, de los ricos y los pobres. Llama

la atención como en ninguna otra encíclica papal anterior una visión amplia, integradora y profundamente histórica de la realidad, pero en clave apocalíptica. El futuro no está cerrado. La apocalíptica cristiana se nutre de la buena noticia de la resurrección de Cristo, pero incoa la posibilidad del desastre de la creación y, por lo mismo, urge proféticamente decisiones en el presente.

¿Qué hacer? La pendiente al desastre requiere de una reacción enérgica. Francisco habla de la necesidad de una revolución cultural. No tenemos actualmente la cultura suficiente para revertir la situación. Es preciso generarla. El Papa apela a cambiar la mirada, a desarrollar una espiritualidad sensible a la belleza y empática con cada uno de los seres, a cultivar estilos de vida cuidadosos de la naturaleza y del medio ambiente.

Se requiere, por otra parte, impactar en las prácticas actuales de consumo y enderezar la economía a otro tipo de crecimiento. Una mayor conciencia, reflejada en pequeños cambios de vida, en la medida que va cuajando en una educación de mayor responsabilidad con todo lo existente, puede incidir reorientando la economía en otra dirección. La política, sobre todo si es posible fortalecer alguna forma de gobierno internacional que pueda imperar soluciones globales, tendría que domeñar la libre acción del dinero.

Laudato si' es un llamado a una fraternidad cósmica. Proclama que todos los seres de la creación tenemos por vocación ser hermanos, considerarse parte, pertenecer y, en el caso de la humanidad, hacerse responsables unos de otros, de los ecosistemas y del planeta. El Papa recuerda que el principio clave de la enseñanza social de la Iglesia es el “destino común de todos los bienes”. La propiedad privada es, a este efecto, un medio. En esta perspectiva

ecológica, la propiedad privada ha de ser relativizada. La Tierra nos pertenece a todos.

Este llamado, en el actual estado de cosas, es subversivo. Así como siempre es posible gozar con poco, la subversión de la cultura consumista y explotadora de la naturaleza y de los pobres ocurrirá con pequeñas conversiones de corazones. Pero se necesitan muchos nuevos corazones.

FRANCISCO Y CIRILO: EL ECUMENISMO SIGUE SU CURSO

La vida humana sigue adelante a pesar de todo. Lo experimentamos los adultos a los que en algún momento nos fracasó el matrimonio, nos quebró la empresa, se nos quemó la casa, cuando uno de los niños fue internado o lo devoró la droga... Cualquiera de estas experiencias humanas ha podido poner entre paréntesis nuestra motivación vital, nuestro ánimo, nuestro credo. Aun así, no hemos tenido más alternativa que continuar, pues de nosotros los adultos otras personas nos reclaman cuidado y ayuda.

El encuentro entre el Papa Francisco y el Patriarca ortodoxo Cirilo representa bajo algún respecto el drama de la existencia humana, su conflictividad, sus divisiones, la idiotez e incapacidad de superar sus yerros, en fin, la imposibilidad personal y colectiva de cargar con la necesidad de vivir, la necesidad de seguir adelante; pero también representa la esperanza de una reconciliación y de cumplir algún día con la tarea de existir. En este caso

se trata de dos tradiciones cristianas, la de Oriente y la de Occidente, que tras haber recorrido mil años juntas, han sufrido otros mil años de infeliz separación.

Esta se produjo el año 1054. ¿Cuáles fueron las razones de la tragedia? Sería muy largo de explicar. Hubo un problema en el modo de concebir a Dios trino, es decir, un asunto teórico, pero lo realmente grave fueron las malas maneras como se trataron las partes; desde entonces quedó instalada una resistencia de la iglesia oriental a la jurisdicción del Papa. La solución de la ruptura no parece hoy teológicamente imposible, pero la llaga tiene mil años. Y en mil años han pasado muchas cosas.

Y, sin embargo, ambas confesiones, con formidable paciencia, trabajan por volver a la unidad. Ya en los años del Concilio Vaticano II, Pablo VI y el patriarca Atenágoras levantaron las excomuniones que católicos romanos y ortodoxos orientales se habían arrojado recíprocamente los años de la ruptura. La disposición ecuménica, por una parte, ha hecho mejorar las relaciones pero, por otra parte, ¿no representa el mismo Vaticano II una novedad tan grande, un cambio en la iglesia latina que puede ser difícil de aceptar para la mentalidad ortodoxa? Por cierto, Oriente no sufrió el desgarramiento traumático del segundo gran cisma de la Reforma protestante y, por ende, no experimentó en carne propia las guerras de religión ni tampoco los esfuerzos de reconciliación entre estos otros cristianos. Para Oriente no son obligantes las conclusiones del concilio de Trento (1545-1563), y tampoco las de la Vaticano I (1869-1870). Aunque parece ser que en la actualidad a los protestantes, los ortodoxos y los católicos no los divide un asunto doctrinal decisivo, los caminos recorridos por cientos de años han producido diferencias difíciles de allanar. Con todo, y esto

es lo notable, Francisco y Cirilo aspiran a recuperar la unidad.

No lo han hecho de una manera simplona. Los patriarcas apuestan por la unidad justo allí donde la unión encuentra su razón de ser: Cristo quiso que los cristianos fueran uno para que el mundo creyera que Dios ama al mundo. Unidad sí, pero no para concentrar poder, sino para colaborar en la misión de Cristo. De aquí que sea tan importante el reconocimiento que las partes hacen de la realidad de su división. No han banalizado los graves problemas que las dividen. Seguirán cargando con ellos quién sabe por cuánto tiempo. Y, esto es lo hermoso, hacen votos por superarlos. Los grandes líderes cristianos quieren ofrecer juntos la humanidad del cristianismo a un mundo el peligro de deshumanización.

El hecho que los patriarcas se hayan reunido en Cuba parecerá desconcertante. Vistas las cosas con gran angular, la Iglesia unida replantea las cosas con altura. En la isla del Caribe latinoamericano se hizo patente como en pocas partes el conflicto Oriente-Occidente y Norte-Sur. El encuentro entre Francisco y Cirilo ocurre justo allí donde se hizo especialmente visible el drama del siglo XX, pero también donde hoy comienza a cuajar una colaboración internacional.

La declaración de este encuentro compromete a 1200 millones de católicos y 200 millones de ortodoxos a trabajar “unidos no solo por la Tradición común de la Iglesia del primer milenio, sino también por la misión de predicar el Evangelio de Cristo en el mundo contemporáneo” (24). Ambas tradiciones cristianas se sienten igualmente llamadas a escuchar el grito de dolor y de justicia de la gente de nuestro tiempo: “Nuestra atención está destinada a las personas que se encuentran en una situación

desesperada, viven en la pobreza extrema en el momento en que la riqueza de la humanidad está creciendo. No podemos permanecer indiferentes al destino de millones de migrantes y refugiados que tocan a las puertas de los países ricos. El consumo incontrolado, típico para algunos estados más desarrollados, agota rápidamente los recursos de nuestro planeta. La creciente desigualdad en la distribución de bienes terrenales, aumenta el sentido de la injusticia del sistema de las relaciones internacionales que se está implantando” (17).

El llamado conjunto tiene a flor de piel el drama del Oriente Medio: Siria, Iraq, lugares donde cristianos han vivido desde los orígenes del cristianismo, en los cuales son masacrados o desplazados cruelmente. Pero en estas partes y en otras de la tierra también otras gentes emigran, huyen, se refugian. Los patriarcas claman en nombre de la paz. Deploran la injusticia, el terrorismo, reclaman contra el secularismo antirreligioso y la falta de libertad religiosa. Asimismo, se ocupan de los peligros que acechan a la familia. Levantan la voz contra el aborto y la eutanasia. Toman posturas. Saben que “la civilización humana ha entrado en un período de cambios epocales”. No quedan enredados en prologar una existencia de museo. Por el contrario, sostienen que “la conciencia cristiana y la responsabilidad pastoral no nos permiten que permanezcamos indiferentes ante los desafíos que requieren una respuesta conjunta” (7).

Hoy la humanidad experimenta algo parecido a aquellas vivencias personales angustiosas reseñadas más arriba. Por todas partes el ser humano entra en un ciclo de cambios tan radicales y tan acelerados –transformaciones socioambientales, ensayos genéticos, innovaciones cibernéticas, crecimiento exponencial de los conocimien-

tos- que es posible intuir que dentro de poco el planeta y la historia se nos pueden escapar definitivamente de las manos. Hoy, cuando entre las personas cunde el desconcierto, cuando no corresponde esperar de cualquier institución una palabra de ánimo y de orientación, la tradición cristiana todavía tiene algo que aportar. También otros pueden hacerlo. Pero que lo haga un cristianismo de dos mil años de experiencia de humanidad, no es lo mismo. La mera porfía de continuar anunciando a Cristo como perdón y paradigma de humanidad, augura que es posible lo que parece imposible. Una tradición así de duradera no garantiza el éxito de una historia que –como todo lo mortal- puede terminar en un completo fracaso, pero orienta porque, aun teniendo innumerables razones para desesperar, insiste en hacerse cargo del ser humano.

OSORNO ES MÁS QUE OSORNO

Soy admirador de Francisco. Este Papa está haciendo cambios en la dirección exacta. Admiro especialmente la libertad que genera un papa que habla sin temor a equivocarse. Él mismo facilita la posibilidad de criticarlo.

Muchos consideramos un error que el Papa haya nombrado a Juan Barros como obispo de Osorno. Los católicos no podemos desconocer que él tenga la última palabra en los nombramientos episcopales. Mediante esta prerrogativa el sucesor de Pedro puede garantizar la unidad de la Iglesia. Pero la última palabra en las elecciones episcopales no debiera ser la única palabra. También los obispos locales han de poder pesar en los nombramientos.

Esta nominación, en particular, ha sido hecha en contra del querer de la conferencia episcopal de Chile y en contra de buena parte de los osorninos.

Lo que está en juego en esta oportunidad es el respeto a una iglesia local. Tratar el Papa de “tonta” a la ciudad de Osorno por oponerse a este nombramiento, es un desliz desafortunado e injustificable. Pero la resistencia de Osorno a aceptar a Juan Barros como obispo también indica que hay en juego algo mayor. Los osorninos nos llevan la delantera: ellos exigen otro modo de gobierno en la Iglesia católica.

A lo largo de la historia la Iglesia ha adoptado más o menos las estructuras de gobierno al uso de la época. El problema es que la actual estructuración del poder en la Iglesia corresponde a la de la época de las monarquías absolutas europeas. ¿Se refería a esto el cardenal Martini poco antes de morir cuando afirmó que la “Iglesia está atrasada en doscientos años”? Creo que sí. Ya Juan Pablo II había pedido ayuda para repensar el ejercicio del primado de Pedro. El caso es que la autoridad eclesiástica, que en los últimos siglos ha debido lamentar a llantos el desmoronamiento de la cristiandad, ha desoído los anhelos de participación y la cultura democrática de sus fieles, y tampoco ha querido tomar en serio el mandato de ejercicio colegial del episcopado que le dio el Vaticano II. La gente hoy desea participar de alguna manera, en algún grado, en el nombramiento de sus autoridades. Pero en la Iglesia los laicos participan poco. Peor es la situación de las mujeres. Ellas no son tenidas en cuenta en ninguna decisión que se tome a alto nivel. De muestra un botón: en el Sínodo sobre la familia no votó ninguna madre.

Este modo de gobierno de la Iglesia es histórico, no siempre fue igual, puede y debe cambiar para estar

a la altura de los tiempos. Su lenguaje y sus estructuras se han vuelto incomprensibles a los contemporáneos. El Papa Francisco ha recibido del cónclave una sola misión: reformar la curia romana que hasta ahora ha tratado a las iglesias locales como a infantes. Lo que falta en la Iglesia de hoy es mayor autonomía: iglesias regionales y locales que elijan a sus autoridades; y, aún más, integración de los laicos y las mujeres a los más cargos posibles.

Cabe aquí recordar qué lamentable fue que los documentos de la última conferencia del episcopado latinoamericana tenida en Aparecida (2007), hayan vuelto de Roma alterados. Peor aún fue la intervención de la curia romana en la conferencia de Santo Domingo (1992). En esa ocasión el episcopado regional fue atropellado sin miramientos.

Nos consta que el Papa avanza en la reforma de la curia. Pero no cualquier manera de intentarlo servirá. No sacará mucho con diagnosticar a la curia las enfermedades de que padece. Entre otros males, dijo a los dignatarios que lo escuchaban que padecían de “*alzheimer* espiritual” (22/12/14). Se necesitan cambios estructurales que dolerán especialmente a los purpurados que no tienen ninguna gana de introducir una rendición de cuentas (*accountability*) en su gobierno ni tener que exponerse al escrutinio público. La Iglesia en su larga historia se ha gobernado a sí misma de formas diversas. Hoy, cuando ella se ha mundializado, cuando está de hecho presente en continentes culturalmente muy diversos, tiene que asumir modos de estructurarse mucho más democráticos.

El Papa san Celestino pedía: “Nadie sea dado como obispo a quienes no lo quieran. Búsquese el deseo y el consentimiento del clero, del pueblo y de los hombres públicos. Y solo se elija a alguien de otra iglesia cuando en

la ciudad para la cual se busca el obispo no se encuentre a nadie digno para ser consagrado (lo cual no creemos que ocurra)”³.

Nullus invitis detur episcopus, pedía Celestino, “ningún obispo impuesto”. Muchos en Osorno piensan lo mismo. Pero Osorno es más que Osorno. Los osorninos nos representan a todos los católicos que queremos que en la Iglesia haya más participación.

MÁS IGLESIA Y MENOS PAPA

¿Por qué América latina celebra el nombramiento de Francisco? Porque es natural ser algo niños. El chovinismo es infantil. Estamos felices de que haya “ganado” uno de los nuestros. ¡América Latina! Pero hay una razón más importante. Con Francisco está en juego que se nos considere adultos, y no más niños. Los latinoamericanos estamos cansados de ser tratados como menores de edad. Con quinientos años de historia creemos que podemos hacer las cosas a nuestra manera. Llegó la hora. Justo cuando nuestra adolescencia amenazaba una ruptura fatal con la paternidad europea.

Hasta hace poco, y aún en buena medida, hemos padecido a la Santa Sede como una monarquía absoluta. Los últimos papas cuadraron la Iglesia con la doctrina. Los nombramientos episcopales, en su gran mayoría, recayeron en personas inobjectables desde un punto de vista

³ A los obispos de Vienne, PL, 434.

doctrinal pero muy poco audaces, sin el arrojo evangélico necesario. Las presiones y el control de la curia romana han hecho que no pocos parezcan obispos asustadizos. Cuántos de ellos llegaron a las oficinas romanas acoquinados, pidiendo permiso y perdón, como si no fueran pastores en propiedad de sus diócesis.

El vértigo a la libertad que el Vaticano II generó, ha sido probablemente la causa del encogimiento de nuestras iglesias. Recién cuando empezábamos a forjar una Iglesia auténticamente latinoamericana, con nuestra teología propia, comunidades y liturgias adecuadas a nuestra realidad cultural, nos cortaron las alas. Castigaron a nuestros teólogos. Encerraron a los seminaristas en claustros que los protegían de sus contemporáneos, cuando no de su propia humanidad. Todo debió ajustarse milimétricamente a una sola visión, a la única manera de pensar posible, la de la Curia, que explotó el nombre de Juan Pablo II a tal grado que terminó por corromper el prestigio de la Santa Sede. En pos de la unidad, todos debimos ser iguales. Se nos obligó a cerrar filas frente a un mundo adverso; debimos, así, neutralizar nuestra propia diversidad. Nos habíamos ilusionado con el Concilio, pues respondía a nuestro anhelo de Iglesia católica más profundo. A fuerza de miedo, empero, se nos hizo retroceder a antes del Vaticano II.

Francisco, en cambio, asume pidiendo la bendición del pueblo de Dios. No se cita a sí mismo. Cita a las conferencias episcopales de todas las regiones eclesiósticas del planeta. La diferencia es radical. Como obispo de Roma, restringiéndose a su diócesis hará posible que los demás obispos del mundo puedan respirar y encargarse de las suyas sin temor a equivocarse. Él, el Papa, habla sin papeles. Puede equivocarse. Las improvisaciones y gestos

espontáneos son ocasión de errores, quién no lo sabe. Pero así da el ejemplo contrario. Un Papa falible libera a los cristianos, a la jerarquía y al clero de la necesidad de ser infalibles y de la maldición de aparentarla. Francisco no teme ponerse una nariz de payaso para transmitir el Evangelio jugando, alegrando la vida a niños y personas devorados por la tristeza. Un papa que juega, con una pelota roja en la cara, sí es infalible. Atina con la libertad cristiana, cuando el criterio último de su actuación es el amor. La infalibilidad evangélica estriba en el amor. Busca la manera de liberar a los demás para que también estos puedan hacerse responsables de sus vidas y de la de los demás con inventiva, con más discernimiento que con anatemas.

A Francisco le falta una sola cosa: desaparecer. Hasta el momento ha hecho las cosas bien, porque a causa de su audacia ha cometido más de un error. Sus errores autorizan a ensayar y a equivocarse. ¿Tendrá su sucesor que parecersele? Ojalá que sea él mismo y no un imitador de Francisco. Lo decisivo será que Francisco mengüe en importancia para que prosperen las iglesias de todo el mundo. Que lo haga ahora, que deje instalada la tendencia. Para que su sucesor no se angustie con salvar la Iglesia en vez de inventar, no sin todas las iglesias, un mundo nuevo, mejor, más hermoso, más libre.

CARTA

Querido amigo y hermano sacerdote,

Quiero compartir contigo algunas reflexiones que hago urgido por los escándalos que han estremecido al Pueblo de Dios y que todavía retumban este año 2013 que ya termina. No lo hago porque tenga algo que enseñar, sino por la necesidad de reflexionar juntos, de cuestionarnos juntos, de apoyarnos y salir juntos de la crisis en que se halla sumida nuestra Iglesia. No invoco ninguna autoridad moral especial.

Es verdad que la renuncia ejemplar del Papa Benedicto y las señales de cambio de Francisco nos devuelven la esperanza. Pero no podemos ocultar con ello que muchos de nosotros sacerdotes estamos estremecidos con el descrédito que padecemos. Estamos viviendo una situación de hondo dolor, desconcierto, indignación y a veces incluso de rebeldía o ánimo de revancha. La razón: los abusos sexuales, psicológicos y espirituales cometidos contra personas inocentes (menores y mayores) de parte de sacerdotes, y el retardo de las autoridades eclesíásticas para prevenir o corregir debidamente estos males. El Papa Benedicto lo dijo con todas sus letras. El Papa Benedicto forzó al episcopado y al clero mundial a cambiar por completo la mirada, y a comenzar a ver la realidad con los ojos de las víctimas. Es un giro de 180 grados. Hoy el Papa Francisco continúa la senda. Ambos nos piden terminar con todo tipo de ocultamientos, los cuales muchas veces se hicieron para salvar a la institución.

Los sacerdotes sentimos vergüenza de lo ocurrido y, sin embargo, no podemos dejar de tener una mirada respetuosa hacia nosotros mismos. Estamos pasando una de esas crisis grandes que ha tenido la Iglesia en su historia. Necesitamos hacer verdad sobre nosotros mismos, distinguiendo en qué sí y en qué no somos responsables, evitando generalizaciones y confusiones. Nuestro propio respeto y dignidad nos exige entereza para mirarnos a fondo.

En particular, se ha generado una desconfianza sobre nuestro celibato y nuestra vida en general, que puede interferir nuestras relaciones con los demás, y descorazonarnos. Nunca ha sido fácil ser sacerdotes y célibes, pero ahora último las dificultades que enfrentamos se han exacerbado. Al menos hasta hace poco gozábamos de cierta

admiración. Esto ha cambiado. Para algunas personas, bajo el manto de “lo sacro” se esconde cierta perversión. A otras parecerá que el celibato nos desequilibra afectiva y psicológicamente, y hace que establezcamos relaciones inmoderadas con las personas. Es necesario reconocer que la mística del celibato está, al menos, apoyada.

Frente a esta situación de cuestionamiento me imagino que los sacerdotes reaccionamos o podríamos reaccionar de las siguiente maneras.

Una posibilidad es restarle importancia a la crítica y a la crisis. Cabe pensar en blindarse mental y afectivamente. Defenderse en contra del ambiente adverso. Podemos parapetarnos en nuestra identidad, re-encantarnos con nuestra “elección” y echarle la culpa a quienes nos culpan: las víctimas, los medios de comunicación... Pero tarde o temprano la dificultad reaparecerá. Problema tapado, problema no solucionado... Si la crisis de la Iglesia no pasa por nosotros; si no nos afecta como afectaría a cualquier persona normal; si, indolentes, negamos la vulnerabilidad de nuestra humanidad, es seguro que seremos insensibles con las personas de nuestro entorno.

La otra posibilidad es acoger la crisis. Reconocer que no somos omnipotentes, sino frágiles. Tal vez así Dios prevalezca en nosotros. No lo podemos ni lo sabemos todo. Acoger la crisis es hacer nuestra la crisis de la Iglesia; entrar en el desconcierto que afecta a tantos católicos; exponernos a las miradas agudas de quienes nunca nos han creído; creer que no siempre los medios de comunicación nos “tienen mala” sino que han hecho verdad sobre aquello que hubiéramos preferido que no se supiera. En caso de acoger la crisis de la Iglesia, la apertura puede acarrear una crisis personal. Si tal ocurre, sería muy normal. Tendríamos que dejar de pensar

que la consagración inmuniza en contra de experiencias críticas. Toda experiencia es un riesgo. Toda, en cierto sentido, es un paso por la muerte. Dios puede, por esto mismo, sacarnos adelante por caminos inesperados. Acoger la crisis equivale a darnos la posibilidad de tener una experiencia espiritual a fondo. Nada impedirá que la crisis pueda terminar en “lisis” (la descomposición que acompaña a la muerte). Pero, si se entra en la crisis y no se la rehúye, probablemente se dará en nosotros un crecimiento en humanidad.

Entrar en la crisis, en nuestro caso, tiene sentido como posibilidad de profundizar en nuestra vocación. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de Jesús, nos llama a dar un salto a lo desconocido. Otra vez nos llama. Nos llamó a ser sacerdotes y nos sigue llamando a serlo. Quien nos llamó nos vuelve a llamar. No debiera extrañarnos que se repita la experiencia de que Dios vengza en nosotros a pesar de nuestra ignorancia, incapacidad, miedo y pecado. ¡Cuántas veces hemos leído en misa la historia de profetas que nunca se imaginaron que iban a hablar en nombre de Dios! “Yo no nací profeta. Era solo un campesino”, dice Amós, “y Dios me llamó a profetizar”. Superaremos la crisis si Dios nos ayuda a atravesar el río. En la Escritura esto se hace ni más ni menos que con fe. Fue y sigue siendo anormal ser sacerdotes. Nunca debiéramos naturalizar un llamado que en el más estricto de los sentidos es un misterio. En cualquier circunstancia, nuestro sacerdocio es más problema de Dios que nuestro. El tendrá que arreglárselas, si podemos decirlo así.

La posibilidad de profundizar en nuestra vocación depende de que reconozcamos honestamente nuestra situación actual:

- Puede que nos estemos diciendo a nosotros mismos algo así como “Me engañé”. Podemos tener la impresión de que nos equivocamos al entrar al Seminario, al emitir los votos o al recibir la ordenación.
- Puede ser que tengamos la impresión de que las circunstancias de la Iglesia han cambiado a tal grado que no estamos en condiciones de vivir la crisis en que estamos. “Nos cambiaron la Iglesia”, dicen algunos.
- Hemos podido llegar a reconocer que la vulnerabilidad del clero en general y la sensación de culpa compartida, “me afecta, me hace muy frágil”. “Es más de lo que puedo soportar”.
- Tal vez, haciendo recuerdos, concluyamos que no recibimos la formación que se requiere para ser sacerdote hoy. “Me enseñaron una religión verbal: palabras y fórmulas que ya nadie entiende”. “Hablamos en nombre de ‘la verdad’, y no nos creen”. “O de ‘la salvación’, y les resbala”. Dirá alguno: “aprendí a tratar a las personas como niños”. Y otro: “me enseñaron a cuidarme de las mujeres y he evitado que se acerquen al altar”.
- A algún sacerdote puede darle rabia tener que enseñar una doctrina moral sexual que no convence. “Si el clero tiene dificultades, ¿cómo puedo yo exigir castidad a los demás?”.
- Puede ser que alguien tenga problemas serios con su afectividad-sexualidad. Ha tenido caídas. Lamenta el daño que ha hecho. “No sé a quién pedir consejo”.
- Por último, cabe la posibilidad de la resignación. Pensar que esta vida es inviable y que, sin embargo, no queda otra que seguir “arrastrando el poncho”.

Todas estas posibilidades, sin embargo, es necesario ubicarlas en un campo de comprensión más amplio. La situación particular nuestra tiene mucho en común con las crisis de cualquier ser humano. Es raro el caso de alguien que haya llegado al fin de la vida como un turista. Las personas en su vida muchísimas veces pasan por momentos de descalabro en los cuales no saben si se las tragará el mal o tendrán la suerte de que las bote la ola. Mirar a nuestro alrededor es indispensable para ponderar qué dimensiones tiene la crisis. Así podremos afrontarla sin pánico.

En nuestro caso, especialmente, tendríamos que mirar al Crucificado y subir con él el Gólgota. Los sacerdotes, supongamos, estamos mejor entrenados que otros para entrar en las crisis en clave mística. Lo que nos toca hoy es participar en el misterio de Cristo, el Verbo que se hace carne y acaba en la cruz. Aprendamos, por fin, lo que solemos enseñar. ¿No era ya hora de hacerlo? ¿Cómo hemos podido nosotros imaginar que, en virtud de nuestra investidura, íbamos a ser eximidos de vivir pascualmente la vida? ¿Cómo hemos podido hablar de la cruz sin hablar de nosotros mismos, de lo que hay en lo más hondo de nuestra alma, de las zozobras pasadas o actuales? ¿No está cansada acaso la gente de sacerdotes que hablan como si hubieran aprendido qué es la vida en los libros del seminario, pero no por experiencias reales de fracaso y de recuperación? Bien podemos recordar al obispo que nos ordenó, entregándonos la patena y el cáliz: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

Comenzar a vivir nuestra fe pascual y trinitariamente será el primer paso para alcanzar la autenticidad que

nutre la autoridad. ¡No nos creen! No podemos continuar engañándonos a nosotros mismos.

Hagamos memoria de Jesús. Su perfil psicológico –lo afirman los mejores estudios– es el de su autoridad (*ezousía*). No hablaba como los fariseos, que repetían lo que habían aprendido en las escuelas rabínicas, sino habiéndolo pasado todo por su corazón. No enseñaba por saberse bien la Ley, sino porque la conocía como la conoce el legislador. Jesús fue un hombre conectado con su interioridad, con sus emociones y también, es indispensable suponerlo, con su sexualidad. Lo aprendió todo en su corazón. Fue auténtico.

Dentro de sí, en su conexión con Dios, conectó el mundo fragmentado en que nació, amó a los fracasados y se encolerizó contra los hipócritas. Fue un hombre convencido de haber sido llamado. Tan concentrado estuvo en su vocación que pudo ser célibe y sobrellevar tentaciones que lo mordieron a lo largo de la vida. Su pasión de amor a los pobres y los pecadores, como su Padre los ama, le hizo subir apasionadamente al Calvario. Temió la cruz inminente, pero el temor no le impidió seguir hasta el fin.

Pienso que los sacerdotes somos sacramentos de la Pasión. Nuestra historia concreta, con nuestra fragilidad y pecado, nuestra soledad a costas, se alimenta del misterio de la Pasión de Cristo. Es así que nuestra vida tiene un valor eucarístico. Nuestra investidura sacerdotal se justifica en orden a participar apasionadamente en el padecer del mundo. La pasión del mundo es la Pasión real de Cristo. Los sacerdotes, si alguna vez tuvimos la convicción de que nuestra vocación es genuina, hallamos en Cristo el camino y la fuerza para recorrerlo sin marcha atrás. Solo nos queda avanzar.

La Iglesia necesita sacerdotes buenos, pero no perfectos. La Iglesia necesita sacerdotes misericordiosos, que conozcan la misericordia que Dios tiene con su miseria y que la practiquen pródigamente con los que más necesiten comprensión y aliento. Si pensamos que nuestro rango nos ubica en un lugar superior al de los demás, habremos entendido todo al revés. Tendríamos que estar alertas. El fariseísmo se replica y prolonga en el cristianismo como en su casa. No nos libramos jamás de él. Seguiremos pensando que nuestra autoridad tiene más que ver con nuestra exención para vivir la vida sin tropiezos, que con una elección completamente gratuita e inexplicable. El Señor no nos ha llamado para ser mejores, sino para padecer con los que padecen, para cargar con ellos y, a veces, dejarnos cargar por los demás. ¿O es indigno de un sacerdote reconocer alguna vez que no puede con su vida? El sacerdote es intérprete de la pasión del mundo. Negar su humanidad, su mundanidad, no lo hace mejor sacerdote, sino que lo incapacita absolutamente para serlo.

Hemos de ser conscientes del peligro que significa para nosotros y para los otros la mezcla que puede darse en cualquier sacerdote de una omnipotencia psicológica y una autosacralización del clero. Con esta mezcla solemos negar nuestra realidad humana. Nos divinizamos en sentido herético. Lo cual se traduce en sobrecargar a las personas con exigencias que no son capaces de sobrellevar.

“Lo sacro” auténtico tiene que ver con el darse Dios humanamente. Dios en la Encarnación se da a sí mismo, y por entero, en un hombre como otros hombres. Jesús fue sacro en su humanidad, jamás a pesar de ella sino en ella. Frente a Jesús tuvieron que definirse sus contempo-

ráneos. Ellos tuvieron que discernir frente a este hombre si su proyecto del reino era de Dios o no. No les fue evidente. Unos lo siguieron, otros no; algunos lo abandonaron. Dios se nos dio en Jesús de un modo “profano”. En sentido estricto Jesús fue un laico. Su sacerdocio se hizo patente solo después de su resurrección. Él es nuestro sumo y eterno sacerdote. La novedad, según el Nuevo Testamento, es que este sacerdote fue víctima de la clase sacerdotal de ese tiempo y que el sacrificio de Cristo fue existencial. Consistió en amar. Y no en inmolarsse a una divinidad justiciera.

Es este sacerdocio el que Cristo comparte con todos los bautizados. El sacerdocio ministerial se justifica en razón del sacerdocio real del Pueblo de Dios. ¡Cuánto nos ha costado entender esto! Esta es, sin embargo, una indicación principal del Concilio Vaticano II a propósito de nuestra identidad. Nuestro primer deber es concentrarnos en los otros, especialmente los más desamparados, y entregarnos a ellos apasionadamente, sin nunca tratar de salvar el ego o el rango.

Todo lo dicho queda corto para expresar lo que san Pablo escribe a los Corintos. Pablo va a lo más profundo del misterio de su ministerio. Dice así:

Y dada la extraordinaria grandeza de las revelaciones, por esta razón, para impedir que me enalteciera, me fue dada una espina en la carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca. Acerca de esto, tres veces he rogado al Señor para que *lo* quitara de mí. Y Él me ha dicho: Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por eso me complazco en *las* debilidades, en insultos, en privaciones, en persecu-

ciones y en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Cor 12, 7-10).

En el desempeño de su ministerio Pablo padeció adversidades que hubiera querido no sufrir, pero que finalmente aceptó porque descubrió que le ayudaban a no gloriarse de lo que no debía jactarse: las revelaciones con las cuales fue beneficiado. Una “espinas en la carne”, además de hacerlo humilde, le ayudó a descubrir que la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad humana. Esto es exactamente lo que conviene que tengamos presente nosotros mismos. En orden a cumplir con nuestro ministerio, las espinas en la carne, cualesquiera sean, no son solo trabas para anunciar el Evangelio sino también ocasiones para que signifiquemos que es Dios quien hace la obra. En tiempos de tanta dificultad hay algo que permanece inalterado: Dios sostuvo a Pablo y nos cuida a nosotros en el ministerio que nos ha encomendado.

Ha sido el Señor quien te llamó para que dieras testimonio del Evangelio hasta el último ser humano que necesita que alguien le haga saber que es hijo e hija de Dios. Ni yo ni tú tenemos autoridad propia para el ministerio que desempeñamos. Lo que nos corresponde es confiar que quien empezó con nosotros la obra del Evangelio se encargará de terminarla no sin nosotros.

Un abrazo,

JORGE COSTADOAT S.J.